

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERIE
**PUNTO
ROJO**

¿quién mató a Norma Bibbs?

clark carrados



¿QUIEN MATO A NORMA BIBBS?

CLARK CARRADOS

Colección
PUNTO ROJO n.º 433
Publicación semanal
Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES
CARACAS — MEXICO — RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 24.333 — 1970
Impreso en España — Printed in Spain
1ª edición: agosto, 1970

© CLARK CARRADOS —1970 sobre la parte literaria
© DESILO —1970 sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera. S.A
Mora la Nueva, 2
Barcelona — 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

COLECCION

PUNTO ROJO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección COLORADO:

651. —Cancerbero de la muerte.

En Colección KANSAS:

611. —Hay que saber perder.

En Colección CALIFORNIA:

692. —El hombre de la muerte.

En Colección BRAVO OESTE:

485. —Balada para un pueblo que muere.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.037. —El detective del millón.

En Colección SALVAJE TEXAS:

737. —Se vende *saloon*.

En Colección PUNTO ROJO:

416. —Brasil, coto de caza.

En Colección ASES DEL OESTE:

541. —«Taged».

En Colección BISONTE:

1.106. —El futuro no es de los cobardes.

En Colección BUFALO:

779. —Las manos sucias de sangre.

CAPÍTULO PRIMERO

—**C**ABALLEROS, con relación al asesinato de Norma Bibbs tengo que hacerles una sensacional revelación.

Weddon Erksdale, fiscal de Sealake, paseó la mirada por entre la nutrida concurrencia de periodistas no sólo locales, sino también forasteros, que habían acudido a la ciudad para informar a sus lectores de un asesinato que prometía dar mucho trabajo a las prensas.

Varios micrófonos se tendieron hacia el fiscal, con objeto de grabar hasta el menor de sus suspiros. Consciente de ser el centro de la atención general, Erksdale sonrió satisfecho.

Era un hombre próximo a la cuarentena, alto, moderadamente fornido, de sienes ligeramente grises y sonrisa atractiva. Erksdale tenía todo el aspecto de un galán de cine que inicia su madurez en el mayor de los éxitos y lo sabía.

—Todo el mundo sabe que Norma Bibbs murió des trozada a consecuencia de la explosión de una bomba de relojería que alguien colocó en el despacho de su residencia —continuó el fiscal—. Bien, eso es cierto. La bomba explotó y... Pero la autopsia ha demostrado que antes de que la bomba llegase a estallar, tres personas más habían estado en el despacho de Norma y las tres con la intención de matarla.

—¿Quiere con eso decir que hubo cuatro asesinos, fiscal? —preguntó el redactor del *Globe*, en medio del asombro general.

—Ni más ni menos. Los resultados de la autopsia han sido concluyentes: alguien asestó una puñalada a Norma Bibbs; alguien le pegó un tiro y otra persona, en fin, le lanzó a la cara un chorro de gas altamente venenoso. Nuestra atención, por tanto, se centra ahora en saber cuándo murió Norma Bibbs; si murió por la puñalada, el balazo, la ingestión de gas en los pulmones o fue la explosión de la bomba la que remató la tarea iniciada por esas otras tres personas.

Los periodistas escribían frenéticamente, mientras los *flashes* de las cámaras fotográficas centelleaban sin cesar. Tal como había anunciado Erksdale, era una declaración sensacional.

—Fiscal, en su opinión, ¿cuándo murió Norma Bibbs?

—pregunto un informador del *Clarión*.

—No puedo asegurar nada. Por ahora, la autopsia sólo ha revelado lo que ya he dicho, pero puntualizar el orden en que fue atacada la víctima

es algo que exigirá trabajos mucho más complejos y, naturalmente, bastante tiempo también.

—Por tanto, el que primero la atacó, sería el criminal— dijo otro periodista.

—Exactamente —convino Erksdale—. Si el autor de la muerte fuese la persona que usó el puñal, por ejemplo, las otras quedarían exculpadas automáticamente, ya que no se puede acusar a una persona de asesinato de un cadáver.

—¿Se conoce algún nombre sospechoso, fiscal?

—Algunos, en efecto —sonrió Erksdale.

—¿Puede facilitarlos?

—Lo siento. Solamente son sospechosos y no puedo hacer nada sin tener pruebas evidentes de que intentaron asesinar a Norma Bibbs. Lo más que puedo decirles es que esas cuatro personas están bajo vigilancia.

—¿No intentarán escapar de la ciudad al saberlo?

Erksdale volvió a sonreír.

—El que lo intente se acusará a sí mismo —dijo—. No, no hay temor al respecto.

—¿Por qué mataron a Norma Bibbs?

—¿Usted lo pregunta? —replicó el fiscal—. Debe de ser forastero, ¿no es así?

—Me ha enviado el *Examiner*, de San Francisco, fiscal. Norma Bibbs era muy leída allí.

—Entonces no pregunte más. Ya sabe que sus comentarios escritos eran altamente corrosivos y habían destruido más de una reputación. No cuatro, sino cuarenta personas habrían querido asesinarlas y cuatrocientas, por lo menos, habrán dado saltos de alegría al enterarse de su muerte.

—Total, que nadie lo va a sentir.

—Sí, sus lectores —contestó el fiscal, provocando las risas de todos los presentes.

—¿Confía en llevar a buen término la investigación, señor fiscal?

—Si no tuviera confianza en mis colaboradores, dimitiría inmediatamente.

—¿Quién dirigirá la investigación?

—Perdone que no conteste a esta pregunta, caballero— respondió Erksdale—. Aparte de los trabajos que pueda realizar la Brigada de Homicidios y de acuerdo con su jefe, capitán Loss, naturalmente, he nombrado un investigador, cuyo nombre e identidad permanecerán en secreto mientras me sea posible.

—¿Cree que conseguirá el éxito, fiscal?

—Así lo espero, señor mío.

—Fiscal, algunos le acusan de pensar más en su carrera política que en la resolución del caso

Erksdale se puso solemne

—Amigo mío —dijo con voz serena y firme—, la justicia me importa ante todo; y si tuviera que elegir entre mi carrera política y encontrar al asesino de Norma Bibbs, no vacilaría en absoluto en elegir el segundo camino

Sonaron algunos murmullos de aprobación. Erksdale volvió a sonreír e hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Y ahora, por favor, caballeros de la Prensa —se despidió—, permítanme que, mientras ustedes vuelven a su trabajo, yo siga con el mío. ¡Buenas tardes!

Dicho lo cual, Erksdale giró sobre sus talones y se metió por una puerta enristalada con vidrio translúcido, en la cual se leía un rótulo:

FISCAL GENERAL de
SEALAKE
PRIVADO.

* * *

Había un hombre en el despacho, vestido con cierto desaliño, el cual parecía muy ocupado en mantener un filete de carne fresca sobre su ojo izquierdo. Erksdale cerró la puerta y miró al individuo de buen humor.

—¿Cómo va eso, Ross? —preguntó.

Ross Fallon emitió un gruñido. Luego dijo:

—Son cosas que le pasan a uno por aplicar el ojo adonde no debe.

—¿Era fuerte el tío?

—Era una tía, pero... ¡qué musculatura, cielos!

Erksdale se echó a reír. Caminó hacia un aparador cercano y llenó dos copas, ofreciendo una a Fallon.

—Bebe, esto te consolará del disgusto. —Tomó un trago y preguntó —: ¿Has oído, Ross?

Fallon señaló con el vaso el interfono conectado:

—Ha sido una gran conferencia de prensa —respondió—. Dime, Weddon, ¿quién es ese investigador privado que va a ser tu principal auxiliar?

—Tú, Ross.

Fallon pegó un salto en el asiento. Lanzó el filete a la papelería y sacó un pañuelo para secarse la humedad del ojo hinchado y amoratado.

—¿Yo? ¿Estás loco, Weddon? ¿De dónde te has sacado esa

disparatada idea?

—De aquí —contestó Erksdale, señalándose la cabeza con el dedo índice. Y agregó—: Te necesito, Ross.

—Sólo soy un investigador privado...

—Ahora trabajarás para la fiscalía.

—Pero tengo entre manos otros casos...

—Déjalos. Se te compensará adecuadamente. Los gastos correrán a cargo de los fondos de la fiscalía. Además, te proveeré de una tarjeta en la que se te reconoce como investigador especial secreto, con amplios poderes. Mientras sea posible, lo mantendremos reservado, desde luego; y sólo revelaremos tu nombre eh el momento oportuno.

—¿Por qué te has acordado de mí, Weddon?

—Te seré franco, Ross. Sí, quiero progresar en mi carrera política y este crimen puede ser el peldaño que me lance definitivamente a unas elecciones para un puesto en el senado de California.

—Entonces, les has mentido a los periodistas.

—No, Ross. Dije la verdad... pero es humano aprovecharse de las ocasiones de progresar, ¿no?

Fallon hizo una mueca, mientras sacaba unas gafas oscuras.

—A mí me revienta la política, si he de serte franco.

—Y a mí me atrae —rió el fiscal—. Pero sé que eres el único que puede conseguir algo. A fin de cuentas, somos buenos amigos, creo.

—Sí —suspiró Fallon—», eso te salva. Oye, la tal Bibbs debía de ser una prójima de cuidado.

—Lo era —contestó Erksdale con los labios prietos—. Sealake está lo suficientemente cerca de Hollywood para saber lo que pesa en el mundo del cine y lo suficientemente alejada para no vernos, mezclados con cierta turbamulta perniciosa y hasta revolucionaria, que acabaría destruyendo la buena fama de la ciudad.

»Sealake tenía solamente cinco mil habitantes hace quince años —siguió el fiscal—. Su situación privilegiada, a orillas del lago y a quince minutos en automóvil de las playas de Monterrey, hizo que la gente tranquila y acomodada fuese estableciéndose poco a poco en la ciudad. Desde el primer momento, se prohibió la instalación de industrias cuyos edificios pudieran afear el paisaje, el cual fue respetado escrupulosamente y, en muchos casos, se demolieron construcciones levantadas ilegalmente. Se buscaba un área de paz y tranquilidad y se logró conseguir. Pero la muerte de Norma Bibbs puede echarlo todo a rodar, ¿comprendes?

—Vamos, que queréis que Sealake siga siendo la ciudad residencial que se pensó en un principio, cuando los primeros forasteros acomodados empezaron a vivir en sus inmediaciones.

—Si; y tú mismo te habrás dado cuenta que aquí no se ha permitido

la creación de un hampa que pueda dominar los resortes de la ciudad ni turbar la tranquilidad de sus moradores. La vigilancia de la policía es perfecta en este sentido y todo sujeto que pretenda turbar la paz es expulsado automáticamente y sin contemplaciones, sea quien sea y por elevado que se encuentre en su esfera social.

—Lo sé, y es una buena política, Weddon —convino el investigador—. Pero... ¿crees que podrás continuar manteniéndola?

—Todo depende de ti, Ross. Si el asesinato de Norma Bibbs queda impune, la fama de Sealake sufrirá un duro golpe y se iniciará su decadencia, la cual sólo terminará cuando la ciudad esté completamente arruinada.

Capítulo II

FALLEN tomó otro sorbo de whisky y dijo:

—Muy agorero te veo, Weddon.

—Tengo motivos para ello, Ross —contestó el fiscal—. Norma Bibbs, como persona, no podía ser más repugnante, pero tenía derecho a vivir, pese a que la llamaban la Señora Vitriolo.

—Por sus chismorrerías en la Prensa.

—Sí. Le habían costado más de una demanda judicial, pero los demandantes perdieron siempre y aún les resultó peor, porque Norma consiguió demostrar siempre que lo publicado era cierto. Pero hablando francamente, no hay derecho a sacar a relucir los trapos sucios de una persona, sólo porque una manada de varios millones de borregos estén ávidos de conocer interioridades de otros seres que también tienen derecho a vivir su vida.

—Esa es la teoría —dijo Fallon escépticamente—. La realidad, sin paliativos, es muy otra. Así que... —agregó en tono pensativo—, bala, puñal, gas y bomba.

—En efecto, Ross.

—La bomba fue lo último y lo definitivo. Las dudas estriban en cuál de los tres elementos citados anteriormente fueron la causa de su muerte.

—Exactamente.

—Pero, ¿cómo el que puso la bomba no se enteró de que ya estaba muerta?

—Porque era una bomba de relojería y, casi con toda seguridad, la colocó antes de que Norma fuese apuñalada, baleada o gaseada. Mientras tanto, tres personas fueron sucesivamente a su casa y usaron un puñal, una bala y... el gas.

—El gas, ¿cómo, Weddon?

—Probablemente, en un pulverizador a presión. El forense ha dicho que es altamente venenoso, aunque a decir verdad, yo no recuerdo con exactitud el nombre científico de ese gas.

—Es lo de menos, Weddon. Dijiste que tenías a cuatro sospechosos en tu lista.

—Sí, Ross.

Fallen sacó una libreta y un lápiz:

—Dame los nombres, por favor —pidió.

—Primero, Laura Samder, veinticuatro años, modelo de profesión.

—Sigue, Weddon.

—Número dos, Félix O'Hara, escritor de novelas policíacas.

—Si empleó la pistola, poca imaginación tiene —calificó Fallon.

—Número tres, Meg Peyroo, gerente.

—Meg es nombre de mujer. ¿Qué negocio dirige?

El fiscal tosió discretamente.

—Una escuela para modelos —contestó.

—¡Hum! —dijo el investigador—. Muchas de esas escuelas son...

—No menciones lo que ambos pensamos. Puede que lo sea, pero no hay pruebas. Las chicas de Meg, en efecto, salen convertidas en excelentes modelos. Su vida privada no nos interesa, a menos que tengan relación con el caso.

—Bien. ¿Número cuatro?

—Oliver Warren, comerciante.

—Respetable, supongo. ¿Un respetable comerciante metido en este jaleo, Weddon?

—Así es, aunque no lo creas, Ross.

—¿Cómo sabes que está relacionado con el asesinato de Norma Bibbs?

—Le escribió una carta muy imprudente, en la cual le decía que le dejase en paz o se lo haría lamentar. A los pocos días, Norma publicó un suelto ofensivo para Warren.

—¿Qué decía el comentario?

Erksdale sonrió.

—Warren posee en Sealake tres supermercados, una estación de gasolina y dos magníficas tiendas de ropa, además del cuarenta por ciento en las acciones del mejor hotel de la ciudad. Norma dijo que Warren, es decir, «un prominente hombre de negocios y comerciante de la ciudad», tenía también intereses en la escuela de Meg Peyroo. También decía que se había celebrado un fin de curso en la escuela a la cual habían sido invitadas varias personalidades de importancia de Sealake. Nunca he visto que la fiesta de fin de curso de una escuela empiece a las diez de la noche, Ross.

—¿A qué hora, terminó?

—Al amanecer.

—Habría lanzamiento de personas vestidas a una piscina, ¿no?

—Si sólo hubiera sido eso... —rió el fiscal.

Fallon cerró su libreta.

—Está bien. ¿Algo más, Weddon?

Erksdale no pudo continuar.

Un cristal de la ventana se rompió de pronto con gran estrépito. Algo cayó rodando al suelo del despacho.

Fallon se puso en pie de un salto y corrió hacia la ventana, que daba a una calle escasamente transitada de ordinario. En aquellos momentos, no había ninguna persona a la vista.

—Han lanzado un mensaje atado a una piedra, Ross —exclamó el fiscal

Fallon se volvió:

—Léelo, por favor —rogó.

—Sí, escucha. El mensaje dice: «Fiscal, abandone el caso. Norma Bibbs está muerta y bien muerta. Era una víbora repulsiva y, ¿quién se duele de la muerte de una víbora?» Eso es todo, Ross

El investigador hizo un gesto de asentimiento.

—El autor del mensaje tiene razón, probablemente, pero sólo desde su punto de vista —manifestó.

—Sí, Ross, aunque si he de decirte la verdad, si yo estoy en el campo y me tropiezo con una víbora, procuraré dar un rodeo para evitar su picadura.

—Es que hay víboras que atacan aun sin ser molestadas y Norma era una de ellas —remató Fallon su comentario.

* * *

Era un caso endiabladamente complicado, pensó Fallon, mientras se dirigía en su automóvil a visitar a la primera persona a quien pensaba interrogar.

Cuatro personas habían deseado la muerte de Norma Bibbs. Fallon la recordaba de algunas fotografías vistas al hojear distraídamente alguna revista de actualidad. La imagen de Norma encabezaba invariablemente su columna de comentarios.

Además, la había visto un par de veces cenando en algún restaurante de lujo. Recordaba a Norma como una mujer cuarentona, algo rolliza, pero con cierto atractivo todavía y vestida con una audacia impropia de sus años.

Sus comentarios eran vitriólicos. Norma destruía reputaciones implacablemente con tal de conseguir más lectores cada semana. No respetaba en absoluto la intimidad de las personas y pobre de quien pretendiera ofenderla o siquiera defenderse. Los resultados eran aún peores.

Se comprendía que alguien, harto de su corrosiva pluma, hubiera decidido suprimirla. Fallon estaba seguro de que muchísimas personas, tal como había dicho el fiscal, habrían saltado de alegría al conocer la muerte de Norma Bibbs.

—Cuando aparezca el asesino, se producirá una manifestación de perjudicados por Norma, pidiendo su indulto— se dijo, a la vez que paraba el coche ante una casita con jardín.

En la puerta había una placa: Dr. Lexton. Medicina General, Analista y Forense.

Llamó a la puerta. Una atildada enfermera le salió a recibir a los pocos momentos.

—Deseo hablar con el doctor Lexton, señorita —manifestó el investigador.

—Ahora está haciendo unos análisis. No puede abandonar su trabajo, señor —contestó la enfermera.

—No importa. Esperaré.

—Siendo así...

Fallon fue introducido en una sala de espera, vacía en aquellos momentos. La enfermera le trajo un puñado de revistas.

«Me llaman la Señora Vitriolo. Bien, vamos con la columna de Norma Bibbs, escrita la semana anterior, en vísperas de su muerte.

La columna empezaba así:

«Me llaman la Señora Vitriolo». Bien, vamos a derramar un poco de ácido para que algunas personas humeen al leer estos renglones. ¿Tengo yo la culpa de sus actos? No soy una moralista acérrima ni, en realidad, me importan sus vidas, pero si mis lectores piden novedades, ¿por qué no dárselas? La gente tiene derecho a saber y el que no quiera que se sepa, que no lo haga. ¿Está claro?

«Empezaremos hoy por una bella modelo, cuyas iniciales responden a L. S. Su fotografía fue publicada la semana pasada en la cubierta del *Teleview*, semanario de gran circulación, y gracias por la propaganda gratis que les hago, amigos. Creo que con estos detalles, sabrán mis lectores reconocer fácilmente a L. S., de quien se rumorea tuvo un incidente violentísimo con el director de *Teleview*, a consecuencia de unos centímetros más o menos de ropa...»

Una voz interrumpió de repente la lectura del detective.

—¿Señor Fallon?

El investigador se puso en pie.

—Hola, doctor Lexton —saludó—. ¿Podría hablar unos momentos con usted? Es un asunto reservado...

Fallon sacó la tarjeta que le había entregado el fiscal y se la enseñó al médico. Lexton arqueó las cejas.

—¿Qué es lo que tiene usted que investigar, señor Fallon? —preguntó.

—La muerte de Norma Bibbs, a cuyo cadáver hizo usted la autopsia.

Hubo una pausa de silencio. Luego, el doctor movió la mano.

—Habaremos mejor en mi despacho —propuso—. Sí, yo también

estoy ansioso de saber quién fue el asesino de Norma Bibbs, porque, después de lo que le diga, sabrá usted que no hay tal crimen.

Fallon se quedó parado al oír aquellas palabras.

—¿Que no... hubo crimen, doctor? —exclamó, lleno de perplejidad.

—Así fue, en efecto —confirmó el galeno. Ya estaban en su despacho y señaló una silla a su visitante—. Siéntese, por favor.

Fallon obedeció, casi sin aliento.

—Pero... hubo cuatro personas que trataron de matar a Norma...

—Sí, una de ellas la apuñaló... o trató de apuñalarla, no es seguro todavía. Otra le metió un balazo en la nuca; otra le hizo respirar un gas... o se lo lanzó a la cara, por lo menos, y la cuarta, en fin, hizo explotar una bomba, que le destrozó la cara y las manos, además de causar graves daños en su pecho. Pero ninguna de esas cuatro armas fue la que causó la muerte de Norma— aseguró el forense rotundamente.

Fallon trató de coordinar sus ideas.

—Explíquese mejor, doctor —pidió—. ¿Por qué no es seguro que Norma muriese apuñalada?

—El cuchillo fue encontrado en la habitación, pero los destrozos causados por la bomba en su organismo, impiden encontrar la herida. Las manchas de sangre que aparecieron en el cuchillo pueden proceder lo mismo de su introducción en el cuerpo que de la que se derramó después del estallido de la bomba.

—Siga, doctor. ¿Qué me dice de la bala?

—Calibre seis treinta y cinco, disparada a la nuca a dos metros de distancia.

—¿El gas?

—Se encontraron rastros en las fosas nasales y en la faringe, distintos por completo de los gases producidos por la deflagración del explosivo.

—¿La bomba?

—Estaba sujeta al cajón central de la mesa por una cinta adhesiva. Su especial construcción hizo que el estallido se produjera principalmente hacia arriba.

—Lo cual explica los destrozos de la cara y las manos.

—Sí, porque ella las tenía apoyadas sobre la mesa, pero...

—Pero, ¿qué, doctor? —preguntó Fallon, ávido de conocer la verdad.

—Un segundo y más detallado examen de sus vísceras me ha revelado que la causa de su muerte no fue ninguna de las cuatro mencionadas: puñal, pistola, gas o bomba.

Fallon se quedó con la boca abierta, a causa de la sorpresa recibida.

—¿Có...mo dice, doctor?

—Lo que oye. La causa concluyente y definitiva de la muerte de Norma Bibbs fue un ataque cardíaco. El examen de la víscera lo prueba

así de un modo irrefutable, señor Fallon.

—Es decir, que cuando la apuñalaron, la balearon, le aplicaron el gas y la bomba estalló... ella estaba ya muerta.

—Exactamente tal como suena —corroboró el forense con acento que no admitía ninguna duda.

Capítulo III

INDUDABLEMENTE, la figura de Laura Samder era la apropiada para la profesión a que se había dedicado. Los ojos verdosos contrastaban poderosa y atractivamente con la cabellera de intenso color negro, que enmarcaba un óvalo de cara perfecto. En la piel, aun siendo extremadamente blanca, se veía una exuberante vitalidad, reprimida no obstante a la vista del investigador.

Con el sombrero en la mano, Fallon dijo:

—¿Puedo hablar con usted, señorita Samder? Mi nombre es Ross Fallon.

Ella le miró especulativamente. El detective añadió:

—No soy vendedor ni pretendo hacerle ningún seguro.

—Entonces, ¿qué es lo que desea?

—Hablar con usted acerca de Norma Bibbs.

El semblante de la joven se contrajo en el acto.

—No tengo nada que decir acerca de esa mujer —contestó secamente; y quiso cerrar la puerta, pero Fallon metió el pie y lo impidió.

—¿Acaso teme que la acusen de asesinato? —preguntó.

Laura vaciló un momento. Luego dejó de presionar sobre la puerta y se echó a un lado.

—Está bien, pase.

Fallon cruzó el umbral y cerró a sus espaldas. Laura indicó un sillón y luego se retocó el cabello, peinado muy alto. Su pecho se agitaba de una manera perceptible.

—Yo no maté a Norma Bibbs —dijo con voz poco segura.

Fallon se sentó y contempló a la muchacha, que vestía una blusa de color azul pálido, adornada con encajes, y pantalones largos, muy ajustados, de terciopelo negro.

—Pero fue a matarla. Estuvo allí. Se ha encontrado un puñal que se ha identificado como suyo —alegó el investigador.

—No es un puñal, sino una imitación; una plegadera para abrir sobres —afirmó Laura.

—Esos chismes matan también, si se manejan con resolución, señorita Samder.

—Repito que yo no...

—¿A qué fue a casa de Norma Bibbs?

Ella se mordió los labios.

—¿Quién es usted? ¿Con qué derecho me hace esas preguntas? Todavía no ha declarado su personalidad.

Impasible, Fallon enseñó su tarjeta de investigador especial.

—Un policía —dijo Laura.

—Algo por el estilo. Conteste a mi pregunta, señorita. ¿A qué fue a casa de...?

—Es un asunto particular. No se lo diré.

—Su silencio la comprometerá antes que la beneficiará— alegó Fallon.

—No importa. Callaré. Nadie tiene por qué saber a qué fui a aquella casa.

Fallon se encogió de hombros.

—Está bien —se resignó. Ya tendría tiempo de insistir y averiguar lo que Laura quería callar tan celosamente—. Al menos, dígame qué vio en la casa de Norma.

Laura movió la cabeza afirmativamente.

—No tengo inconveniente —respondió—. Fui a verla y confieso que llevaba la plegadera que imita a un puñal. Pero nunca pensé en matarla, se lo aseguro.

—¿Acaso tenía la intención de intimidarla?

—Sí, es cierto.

—Bien, continúe.

—Cuando llegué a la casa y llamé, no me contestó nadie. Extrañada, probé el picaporte. La puerta no tenía la llave echada. Entré...

—Un momento —interrumpió Fallon—. ¿Había estado antes alguna vez en la residencia de Norma?

—Sí, un par de veces.

—Seguramente fue allí por los mismos motivos que no quiere expresar.

—En efecto, señor Fallon.

—Bien, continúe, por favor.

—Ordinariamente, Norma era atendida por un ama de llaves, que era también su cocinera. Por las mañanas, venía una mujer para hacer la limpieza, pero se iba después de mediodía. Por otra parte, el ama de llaves apenas si hacía otra cosa que el desayuno para Norma. La muerta no solía comer nunca en casa.

—Ya —sonrió Fallon—, comía en restaurantes y lugares céntricos, donde podía recoger informes para su columna.

—Así era —confirmó Laura—. Debía de ser el día de salida del ama

de llaves y Norma, por tanto, estaba sola en casa. Tenía su despacho en una de las alas del edificio, yo sabía dónde estaba. Cuando iba a entrar, saqué el puñal y abrí la puerta de la estancia. Entré y le dije lo que quería...

—Que es, precisamente, lo que no quiere decirme a mí.

Laura asintió, tremendamente conturbada.

—Bien, prosiga —dijo el investigador.

—Pronuncié tres o cuatro frases. Ella no me contestó. Me miraba con ojos muy abiertos, sonriéndome burlonamente. Me irrité muchísimo y me acerqué a la mesa con el puñal en la mano. Entonces, fue cuando advertí que estaba muerta.

—¿Recuerda usted la hora a que llegó?

Laura se pasó una mano por la frente.

—Las dos y media, tal vez unos minutos más. En todo caso, no pasaban de cinco —contestó.

—Las dos y treinta y cinco. Continúe, por favor.

—Estaba muerta. No respiraba. Aquella sonrisa era una mueca petrificada en su rostro...

—Indudablemente. ¿Qué hizo entonces? ¿Recuerda algo que llamase su atención de un modo especial?

Laura se cubrió la frente con ambas manos.

—Había un extraño olor, algo picante y dulzón... Tosí, lo recuerdo muy bien; era un olor mareante, dañino...

—¿Tocó a la muerta para ver si, efectivamente, lo estaba?

—No, en absoluto. Yo me sentía horrorizada... y aquel olor, que parecía desprenderse de su cuerpo, me puso enferma. Di media vuelta y eché a correr... Sólo muy tarde me di cuenta de que había olvidado la plegadera. Sin duda se me cayó de la mano con la sorpresa recibida...

Es muy posible —admitió el investigador—. ¿Intentó volver para recobrarla?

—La radio había dado ya la noticia de la explosión. No, no lo intenté siquiera.

Fallon se puso en pie.

—Volveré otro día —dijo—. Tal vez entonces declare por qué fue a ver a Norma Bibbs, señorita Samder.

—No lo declararé —aseguró Laura tajantemente.

Fallon sonrió.

—Veremos —contestó—. ¿Conoce a los otros posibles asesinos?

—No, no los he visto jamás, pero, créame, habrán respirado aliviados al conocer la noticia. Era una mala mujer, señor Fallon.

—Sí, eso dicen todos. Gracias por sus respuestas, señorita.

Fallon se dirigió hacia la puerta. Con la mano en el pomo, se volvió

hacia la joven y preguntó:

—¿Es cierto lo que decía Norma en su columna acerca de la discusión entre usted y el director artístico de *Televue* y de la mayor o menor cantidad de ropa que debía llevar en la fotografía destinada a la portada de la revista?

Laura se sonrojó vivísimamente.

—La discusión habida entre ese repugnante tipo y yo no tuvo que ver nada con mi indumentaria —contestó en tono seco.

—Comprendo. Gracias una vez más.

* * *

Era ya demasiado tarde. Fallon detuvo el coche ante un puesto de periódicos y compró los dos de la tarde, además de la revista que había empezado a leer en la sala de espera del doctor Lexton y un ejemplar de *Televue*. Lanzó los periódicos sobre el asiento delantero, subió de nuevo al coche y se dirigió a su casa.

El coche quedó en el garaje subterráneo. Fallon se dirigió al ascensor y subió al piso cuarto del edificio, donde tenía no sólo su vivienda, sino también el despacho.

Abrió la puerta. Dio un par de pasos en el interior y entonces un pie le golpeó violentamente por detrás.

Fallon trastabilló. Alguien dijo:

—¡Cierra bien, Darryl!

El detective, aturdido, se volvió, todavía en el suelo, y contempló a la pareja de sujetos que habían entrado en su departamento durante su ausencia.

Eran dos hampones, distinguidos, pero hampones. Vestían ropas caras, era toda su diferencia con otros sujetos de la misma ralea. Pero en lo demás, eran iguales a todos los rufianes a sueldo.

Uno de ellos sacó ostentosamente unos nudillos de acero y se los colocó en la mano derecha. Sonreía de un modo morboso, como disfrutando por anticipado del placer que iba a sentir al dañar al investigador.

—No nos lo tome en cuenta, Fallon —dijo—. Esto es sólo un encargo.

—Por orden de alguien a quien no le conviene que yo actúe, ¿verdad, Jimmy Cook?

Cook se asombró.

—¿Me conoce? —preguntó, mientras flexionaba los dedos.

—Y al salvaje que tienes al lado también. ¿Qué tal, Darryl Beach?

Beach enseñó una corta porra de plomo, forrada de cuero.

—Ya ve, Fallon, aquí estamos —contestó.

—Sólo pretendemos darle una lección —manifestó Cook—. Si no la aprende, la siguiente será definitiva.

Fallon se puso en pie de un salto, justo cuando Cook se le echaba encima. Giró sobre sus talones y echó a correr hacia el interior del piso.

—¡Ven aquí! —vociferó el hampón—. ¡Párate, no huyas!

Fallon atravesó el salón contiguo y se detuvo junto a una ventana, como si se hubiese dado cuenta de la inutilidad de su fuga. A pie firme, esperó la acometida del rufián.

Cook sonrió. Inspiró con fuerza, cerró su puño y le disparó hacia adelante con todas sus fuerzas.

El puño encontró solamente el vacío. Cook trastabilló, se inclinó hacia adelante, gruñó y rompió el cris tal de la ventana.

Al mismo tiempo, Fallon, que había girado un cuarto a su derecha, lo agarraba por el cuello y los fondillos de los pantalones. Le bastó un ligero impulso para hacer que el hampón atravesase la ventana.

Cook lanzó un horrible chillido al caer. Desde el dormitorio se oyó un extraño ruido, pero Fallon no se entretuvo a ver qué había sido de su adversario.

Beach estaba parado a cinco o seis pasos de distancia, con el estupor pintado en el rostro, contemplando la ventana sin cristales. De pronto reaccionó y dijo:

—¡A mí no me hará eso!

Y se lanzó hacia adelante, enarbolando la cachiporra.

En el último instante, Fallon agarró una silla y puso las cuatro patas ante sí. Una de ellas se hundió en el estómago de Beach, de cuyos labios se escapó un gruñido de dolor.

A pesar de todo, estiró el brazo, intentando alcanzar el cráneo del investigador. Fallon levantó la silla sobre la cabeza y la bajó con fuerza.

Las astillas volaron por los aires. Beach se tambaleó, pero no cayó.

Sangraba un poco por la cara y juraba obscenamente. Fallon se había quedado con un largo palo en la mano y empezó a usarlo.

El vapuleo fue épico. Beach rugía y chillaba desafortadamente, pero aquel palo parecía ser diez golpeándole a la vez en todas las partes del cuerpo. Fallon se desquitó a gusto; sentía una terrible antipatía por los sujetos de la calaña de Beach.

Al fin, el hampón, abatido y desmoralizado, a la vez que lleno de dolores por todas partes del cuerpo, se desplomó al suelo, olvidado de su cachiporra por completo. Fallon no le dejó respirar.

A puntapiés lo hizo caminar arrastrándose hasta el pasillo. Beach chillaba continuamente, pero Fallon no se dejó impresionar.

El último golpe lanzó al hampón fuera del piso. Fallon cerró la puerta y corrió al dormitorio.

Abajo, a cuatro pisos de distancia, en la calle un hombre intentaba

levantarse, con las manos en los riñones, contemplado por una docena de curiosos. Fallon se echó a reír.

El toldo que había justo bajo su ventana aparecía deformado. La armazón de lona y tubos de hierro había aminorado los efectos de la caída, pero, de todas formas, el rebote del toldo al asfalto no había sido precisamente una caricia.

Corrió las cortinas. Alguien subiría a interrogarle. Era preciso llamar al fiscal para que le librara de enojosos trámites.

Después de la llamada, se dispuso a recoger los periódicos y revistas, todavía caídos en el suelo. Entonces vio algo que no era suyo.

Los hampones habían fumado mientras le aguardaban. Uno de ellos había acabado su tira de fósforos y la había dejado sobre el cenicero.

Fallon cogió la cartulina y leyó las palabras que componían el anuncio de una sala de fiestas: Longwood Riviera.

Era una pista a tener en cuenta.

«Mañana», se dijo, mientras destapaba una botella. Debía premiarse a sí mismo por la doble victoria obtenida contra los hampones.

Capítulo IV

«¿ES cierto que Félix O'Hara tiene "negros" que le proporcionan los argumentos de sus novelas y cuentos policíacos? Los rumores que se escuchan sobre el particular son muchos e insistentes. No hace mucho se dijo *sotto voce* que había sido objeto de un demanda de plagio por parte de otro autor, aunque O'Hara consiguió parar el escándalo mediante una sustancial indemnización...»

Fallon recordaba muy bien lo que decía la columna de la «Señora Vitriolo» cuando, cerca del mediodía siguiente, detuvo su coche ante la posesión del segundo de los sospechosos.

Félix O'Hara vivía en una casa situada en la ladera de la montaña, con una espléndida vista sobre el lago. Que ganaba dinero con sus novelas policíacas nadie lo podía dudar. La espléndida residencia era una buena montaña de ello.

Una criada india, correctamente vestida, pero de rostro impasible, acogió su llamada y dijo que el señor O'Hara tenía todavía hora y media de trabajo por delante y que mientras trabajaba no quería en absoluto que nadie le molestase.

Fallon se dirigió hacia la amplia veranda orientada al lago.

—Esperaré —dijo.

Hora y media después, puntualmente, oyó la voz del escritor:

—Tengo entendido que quería hablar conmigo, señor...

—Fallon... —contestó el investigador, poniéndose en pie— En efecto, deseo conversar con usted, señor O'Hara.

—¿Sobre qué tema, por favor?

La voz de O'Hara era displicente. Tratábase de un hombre de cuarenta y cinco años, de regular estatura, un poco calvo y con cierta barriga. No parecía ser el hombre cuyas novelas le habían dado la fama en su especialidad.

—Asesinato.

—De Norma Bibbs presumo.

—Acertó, señor O'Hara.

—¿Periodista?

Fallon sacó a relucir su tarjeta.

—Lea, se lo ruego.

—Investigador especial, de la Fiscalía General de Sealake.

—Sí, señor O'Hara. ¿Está dispuesto a contestar a mis preguntas?

—¿Qué pasaría si le dijera que no deseo hablar sin mí abogado al lado?

—Está usted en su derecho, pero entonces, las preguntas se las formularía yo con el fiscal al lado.

O'Hara sonrió:

—Cartera devolución de pelota —dijo—. Está bien, hable.

Fallon estudió a su interlocutor. Era más listo y astuto de lo que aparentaba. Sobre todo, astuto.

—Usted trató de asesinar a Norma Bibbs —dijo.

—Lo confieso —contestó O'Hara sin inmutarse.

—¿Cómo pensaba matarla?

—Gas, señor Fallon.

—¿Qué clase de gas?

—Cianhídrico, el mismo que se usa en San Quintín para las ejecuciones.

Fallon arqueó las cejas.

—No es fácil de preparar —dijo.

—Usted no es escritor de novelas policíacas —sonrió O'Hara desdeñosamente.

—Explique, entonces, cómo lo hizo.

—Un pulverizador a presión, simplemente.

—Oiga, no me diga que en los *spray* se mete también cianhídrico a presión...

—Mi querido investigador, olvida usted que el cianhídrico se prepara con un poco de ácido nítrico y cianuro potásico. No son sustancias que se mezclen ordinariamente en los pulverizadores corrientes, pero... ¿Ha olvidado ya los antiguos pulverizadores de insecticida? Sí, esos que consistían en un tubo, con un émbolo, un orificio de salida del aire y otro del gas, el cual, en forma de líquido, estaba en el depósito cilíndrico delantero. Se agarraba el tubo con la mano izquierda y la manija con la derecha y... «puf, puf, puf...»

—No siga, recuerdo perfectamente cómo eran los pulverizadores manuales antiguos. Aún se usan, por otra parte.

—Exactamente, señor Fallon.

—¿Y usted...?

—Yo puse en el depósito el cianuro y el ácido nítrico, tapando después bien todos los orificios. Cuando llegue a casa de Norma, destapé los agujeros y, «puf, puf, puf», le eché a la cara una buena rociada de gas letal.

—Se protegería los pulmones, claro.

—¿Estaría hablando con usted si no hubiese tomado esa precaución?

—contestó el escritor sonriente—. Además, iba enguantado.

—¿Qué dijo Norma?

—Nada, ¿qué iba a decir? Ya estaba muerta.

—¿Seguro?

—Oiga, se hubiera movido al recibir la primera rociada. Lo que pasa es que yo no me di cuenta de ello hasta que vi que no reaccionaba. Como si le hubiese echado aire puro, ¿comprende?

—Es decir, usted entró corriendo y empezó a hacer «puf, puf, puf»...

—Exactamente —sonrió O'Hara.

—¿Qué hizo después?

—Largarme, claro. Alguien se había anticipado y lancé media docena de «hurras» mentales en su honor.

—¿A qué hora llegó usted a la residencia de Norma Bibbs?

—Faltaban seis o siete minutos para las dos y media

—Las dos y veintidós, aproximadamente.

—Un minuto más, un minuto menos, ¿qué importa?

—Nada o todo, según —contestó el detective—, ¿Vio a alguien al abandonar la casa?

—No, desde luego. Y me fui bien a tiempo, porque poco después estalló la bomba. No hubiera salido bien parado de haberme quedado allí.

—Desde luego. Así que admite trató de matar a Norma.

—Con gran placer —confirmó el escritor sardónicamente—. Pero alguien se me anticipó.

—Lo cual le produce los mismos efectos que si usted la hubiese matado, pero sin sus perjuicios.

—Exactamente.

—¿Había señales de violencia en el cuerpo de Norma?

—No.

—¿Cómo estaba en su despacho?

—Sentada, erguida, con la cabeza ligeramente apoyada en el respaldo del sillón y las manos sobre la mesa.

—¿Vio manchas de sangre?

—No.

—Fue a matarla por los comentarios que escribió acerca de usted y de sus novelas policíacas.

—Entre otras cosas, claro.

—¿Cuáles son esas cosas, señor O'Hara?

El escritor se pasó los dedos por los labios, como si moviese un invisible cierre relámpago.

—Silencio —dijo Fallon.

—Sí.

Fallon se dirigió hacia la escalera que permitía el acceso a la veranda.

—Volveré a verle, señor O'Hara —prometió.

—Aquí estaré. No tengo nada que temer de la justicia —dijo el escritor burlonamente.

Fallon no volvió la cabeza. Caminó hacia su automóvil, pero apenas había recorrido una docena de metros, oyó la sarcástica voz de O'Hara:

—¡Señor Fallon!

El investigador se volvió. O'Hara, inclinado, las manos apodadas en el borde de la veranda, reía sarcásticamente.

—¿No le parece que la muerte de Norma Bibbs y sus cuatro sospechosos en un buen argumento para una novela policíaca? Si viviera, no podría acusarme de plagio, ¿verdad?

Fallon no contestó. Siguió andando, subió a su automóvil y arrancó.

* * *

El Longwood Riviera estallaba de luces, que se duplicaban en la tranquila superficie del lago cuando Fallon llegó pasadas las diez de la noche.

La animación era extraordinaria. Sobre una gran plataforma sostenida por pilotes hundidos en el fondo del lago, una orquesta amenizaba la velada. Una cantante de color murmuraba sus quejas agarrada al micrófono.

Había una gran explanada de estacionamiento. Fallon abandonó el coche y se dirigió hacia la amplia escalera de acceso al local, cuyo piso estaba situado a tres metros del suelo.

Al lado opuesto de la plataforma de la orquesta había otro edificio contiguo, más pequeño, de planta y piso. En la planta estaban los servicios y cocinas y en el piso superior las oficinas y algunas habitaciones.

En la parte que daba al lago, había una vasta terraza descubierta, aunque podía cubrirse con lonas si era preciso. El Longwood Riviera, como de costumbre, estaba casi totalmente lleno.

Había un largo mostrador y Fallon pudo encontrar un taburete vacío. Pidió una copa y la saboreó lentamente, mientras escrutaba la concurrencia con aire distraído.

Quería hablar con una persona, pero no la divisaba en aquel momento. De repente vio a Laura.

La joven estaba sola en una mesa, fumando un cigarrillo con aire ligeramente nervioso. No se podía negar que sabía vestir con elegancia; la misma sencillez de su vestido la hacía doblemente atractiva.

Movido por un súbito impulso, Fallon, tras pagar la consumición, se

acercó a la mesa de Laura. Ella se sorprendió al verle.

—Buenas noches, señorita Samder—saludó el investigador—. ¿Le molesta que me sienta?

—A decir, verdad, sí. Estoy esperando a... a un amigo.

—Si yo fuese ese amigo, usted no habría esperado ni un solo segundo —sonrió Fallon.

—Estará ocupado, pero vendrá. ¿Cómo van sus investigaciones?

—No puedo quejarme.

—Encontrará al verdadero asesino, me imagino.

—Así lo espero, aunque no con su colaboración.

—Si se ha demostrado que yo no maté a Norma, ¿qué otra cosa quiere que le diga?

—Los motivos por lo que fue a visitarla, señorita Samder.

Ella hizo un gesto negativo.

—No, en absoluto —fue la rotunda negativa que recibió el investigador.

Fallon procuró ocultar la decepción que sentía tras una cortés sonrisa.

—De todos modos, muchas gracias —se despidió.

Laura no contestó. Fallon hizo una inclinación de cabeza y se retiró.

La persona a la cual buscaba no acababa de aparecer. Fallon se dijo que debía tomar una decisión.

—Puesto que la montaña no viene a mí, yo iré a la montaña —murmuró, a la vez que echaba a andar.

Capítulo V

ABANDONÓ el local, recorrió el pasillo, subió una escalera y alcanzó otro segundo pasillo, dirigiéndose a la puerta del fondo. La abrió un poco y dijo:

—Mucho tardas hoy en atender a tu negocio, Matthia.

Una voz alegre sonó en el acto.

—¡Ross! ¿Eres tú o tu fantasma?

—Aún vivo y coleo —dijo el investigador alegremente—. ¿Puedo pasar?

—Espera un instante... Anda, entra ya...

Fallon cruzó el umbral. Desde el otro lado del biombo, una hermosa mujer de unos treinta años le miró cariñosamente.

—Eres un granuja —le apostrofó—. Me tienes completamente abandonada...

—El trabajo, nena, el trabajo —suspiró Fallon, a la vez que avanzaba hacia el biombo—. Además, soy muy poquita cosa para ti...

—No digas eso, que me sabe muy mal —protestó la dueña del local.

Fallon pegó el cuerpo al biombo y alargó el cuello. Matthia Count le besó cálidamente.

—Espera un momento a que me ponga una bata —pidió.

—Claro, nena.

Mientras ella se vestía, Fallon encendió un cigarrillo.

Matthia, luchando con sus ropajes, preguntó:

—¿Qué haces ahora, Ross?

—investigo la muerte de Norma Bibbs, preciosa.

—Ah, aquella pájara. No creo que nadie la eche de menos, Ross.

—Eso dicen por ahí, Matthia.

—Era un mal bicho, una serpiente, Ross, créeme. Una vez se metió con mi local, ¿sabes?

—¿Y bien...?

—Bueno, vino a la noche siguiente muy oronda y satisfecha, dominadora, segura de sí misma... «Aquí estoy yo», parecía decir; y seguro que vino a cenar de gorra, para que yo me humillase y esperar un comentario mejor en su próxima crónica. ¿No te ha contado nadie lo que pasó, Ross?

—No, nadie, querida. Dímelo tú, por favor.

Matthia salió del biombo, anudándose el cinturón de la bata.

—Para esa clase de personas no hay más que un tratamiento —dijo, sentándose ante el espejo del tocador—. Sí, le sirvieron la cena y luego yo la invité con una tarta. Me acerqué a su mesa como para pedirle su opinión y le estampé la tarta en la cara. No te puedes imaginar la que se armó, porque, a renglón seguido, la agarré por los hombros y la eché a puntapiés.

Fallon se echó a reír. Matthia, dentro de su hermosura, era corpulenta y tenía bastante fuerza física. Había tenido que dominar fácilmente a la «chismosa».

—Como lo oyes, muchacho... —siguió Matthia—. Y no paró ahí la cosa; porque al otro día fui a verla y le puse la cara morada a bofetadas. Es la mejor forma de tratar a esa gentuza, ¿sabes? Oye, por poco la mato. Se desmayó, se quedó sin aire... Me asusté muchísimo y me arrepentí luego, pero se recuperó relativamente pronto y retiré lo de mi arrepentimiento. En resumen, que ya no volvió a molestarme más... ¿Por qué diablos te encargas tú de investigar ese crimen, si eres un detective privado?

—Hago un favor a un amigo, el fiscal. Soy investigador especial a sus órdenes —explicó Fallon—. Pero no lo repitas a nadie.

Matthia se volvió en el taburete y le miró de hito en hito.

—¿El fiscal? ¿Ese declamador de malos versos, que parece que se esté mirando al espejo cada vez que hace declaraciones a los periodistas?

—Bueno, no sé qué tienen que ver los versos con su cargo...

—¡Pues claro que sí, hombre! ¡Fue actor de teatro hace años y todavía no se ha quitado de encima esa costra de afectación y pomposería! Si supieras la forma en que intentó conquistarme... Es para morirse de risa, vamos.

A Fallon le mareaba la incesante charla de la mujer.

—Matthia —dijo—, estoy muy enfadado contigo.

Ella se volvió de nuevo.

—Esa sí que es buena. De modo que me abandonas y encima...

—Déjame hablar, Matthia —pidió él—. No me agrada que tengas hampones en tu personal.

—¿Cómo? —estalló la mujer—. ¿Hampones en mi local? ¿Te has vuelto loco, Ross?

—Dos tipos fueron anoche a zurrarme —contestó Fallon, impasible. Lanzó sobre la mesa la carterita usada de fósforos—. Ahí tienes la prueba, Matthia.

Ella contempló el objeto con perplejidad.

—Está firmado por mí, en efecto —admitió.

—Y tú no firmas todas las tiras de fósforos que se entregan en la sala. Por tanto...

Matthia entrecerró los ojos.

—Eso sólo puede ser cosa de una persona, Ross —dijo.

—¿Quién?

—Tom Caper, mi gerente. Está conmigo desde hace un año y aún le queda otro de contrato. Temo haberme equivocado con ese tipo, Ross.

—¿Por qué lo dices, Matthia?

Ella guardó silencio un momento.

—Mo me gusta —dijo al cabo—. No sabría decírtelo, pero la simpatía que sentí por él al principio, simpatía profesional, todo hay que decirlo, se ha volatilizado ya. Además, en un par de ocasiones, le he visto hablar con algunos tipos que no me han gustado nada. Tom ha dicho siempre que eran amigos suyos... pero si esos sujetos no son pistoleros profesionales, yo me corto el cuello, Ross.

—Cuidado, que ahí tengo yo que besar mucho —rió él—. Escucha, nena; cuando puedas, entérate del estado de salud de dos tipos llamados Beach y Cook, ¿quieres?

—¿Qué les ha pasado, Ross?

—Trozaron con unas cuantas puertas —contestó Fallon bien humoradamente—. No lo olvides, Beach y Cook.

—¿Amigos de Caper?

—Muy probable, Matthia.

—Lo tendré en cuenta, Ross... ¿Eh, te vas ya?

—Sí, nena; tengo que hacer...

Matthia se levantó, corrió hacia el investigador y se colgó de su cuello.

—Quédate, cariñito —pidió tentadoramente.

Fallon la besó en la punta de la nariz.

—Tengo que hacer —dijo—. No lo olvides; soy investigador especial. Matthia le dio un buen tirón de orejas.

—Avísame cuando encuentres al asesino de Norma

—pidió—. Iré a darle un premio.

—Podría ser una mala mujer, pero era una persona

—alegó Fallon muy serio—. Gracias por todo, hermosa. Le costó mucho sustraerse al fuerte atractivo que emanaba del opulento cuerpo de Matthia, pero lo consiguió al fin.

Volvió al local y buscó con la vista la mesa de Laura. La joven se disponía a abandonar el Longwood Riviera en aquellos momentos.

Laura se marchaba sola. Por lo visto, el hombre a quien esperaba le había dado plantón.

Fallon la alcanzó cuando ya descendía las escaleras que conducían a

la explanada.

—Su amigo no ha sido muy cortés —dijo.

Laura se volvió y le miró de hito en hito. En el lugar donde estaban, los sonos de la orquesta llegaban muy amortiguados.

—Sí, se ha portado mal —convino con voz neutra.

—Si le parece, yo podría llevarla a su casa. ¿Tiene coche o vino en taxi?

—Vine en taxi —respondió Laura.

—En ese caso, permítame...

Laura accedió con naturalidad. Desde la explanada se divisaban numerosas luces de las casas que había en la ladera de la montaña.

Llegaban ya al coche cuando, de pronto, percibieron un distante sonido, de características bien definidas.

El ruido de un arma de fuego al ser disparada.

Sonaba bastante lejos, pero fácilmente perceptible. Fallon y Laura volvieron la cabeza simultáneamente.

El disparo había sonado a unos mil metros, a la izquierda del lugar en que se hallaban, a media ladera. En aquel punto, se veían un par de lámparas encendidas.

—¡Ha sido en casa de Félix O'Hara! —exclamó Laura.

Fallon respingó.

—¿El escritor? ¿Lo conoce?

—Sí —contestó ella.

Fallon no perdió más tiempo. Agarró a la muchacha por un brazo y la hizo entrar en el automóvil. Luego ocupó su puesto tras el volante, dio el contacto y el vehículo arrancó como alma que lleva el diablo.

* * *

Cuando llegaron frente a la casa del escritor, ya había un coche de patrulla de la policía, avisado sin duda por algún vecino servicial. Los faros del automóvil policial destellaban intermitentemente en la noche.

Fallon y Laura se apearon en el acto. Otro coche de la policía llegaba en aquel momento.

El sargento encargado de la ronda saltó del vehículo.

Fue hacia la pareja con ánimo de interrogarles, pero no tardó en reconocer al investigador.

—Ah, es usted, señor Fallon —saludó—. ¿Le avisaron del homicidio?

—Estábamos allá abajo, en si Longwood Riviera, y oímos el disparo —explicó Fallon—. Esta es la señorita Samder, sargento; me acompañaba y consideré prudente traerla conmigo.

—Muy bien, señor; como usted disponga.

Un policía uniformado salió de la casa en aquel momento.

—Muerto, sargento, a la espera de lo que informe el forense —dijo—. De todas formas, los tiros en la nuca no son nunca beneficiosos.

—En la nuca, ¿eh? —rezongó el sargento.

—Sí, señor.

—¿Tiene inconveniente en que entre a echar un vistazo, sargento? —solicitó Fallon.

—Por supuesto que no —accedió el interpelado.

Fallon se volvió hacia la joven.

—Espere aquí, Laura —dijo—. Lo que hay ahí adentro no es muy agradable de contemplar.

Laura, pálida, asintió en silencio. Fallon y el sargento caminaron rápidamente hacia la casa, en la que el otro policía de la primera patrulla interrogaba ya a la criada india.

—¿Dónde está el cuerpo, Wess? —preguntó el sargento.

—Ahí, en el otro cuarto —respondió el agente.

Fallon y sus acompañantes se asomaron a la puerta.

O'Hara yacía de bruces en el suelo, cerca de la ventana. La sangre había formado un charco bajo su cabeza y el orificio era fácilmente visible.

El policía que interrogaba a la india llegó en aquel momento.

—La criada dice que no sabe nada, que ya estaba en la cama cuando oyó el disparo. Se levantó a ver qué pasaba y se encontró a su amo muerto —informó.

Fallon se acercó al cadáver y se arrodilló para examinarlo más de cerca. De pronto, vio un triángulo blanco que asomaba por uno de los bolsillos de su traje.

—Busquen un par de pinzas, por favor —pidió.

Uno de los policías fue al cuarto de baño y volvió a los pocos momentos. Fallon tomó las pinzas, con ayuda de las cuales extrajo el papel, que sostuvo en alto, ante el sargento y los dos policías.

—Hay un mensaje escrito, señor Fallon —exclamó el sargento.

—Así es —confirmó Fallon—. Y muy interesante, según parece.

El mensaje decía:

Tú fuiste a mi casa a matarme. Ahora yo te devuelvo la visita, como haré con los otros tres asesinos. Norma Bibbs.

El sargento se puso a temblar.

—No... no es posible que una muerta salga de su sepultura para vengarse —dijo con voz insegura.

Laura estaba terriblemente afectada por el crimen.

—Era a O'Hara a quien usted esperaba en el Longwood Riviera — dijo el detective mientras iniciaban el regreso a la ciudad.

Ella hizo un signo de asentimiento.

—¿Ha recibido un anónimo semejante? —preguntó Fallon.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hoy, a mediodía.

—¿Sabía que O'Hara había recibido también la amenaza?

—No, él no me dijo nada cuando...

—¿Cuándo...?

—Me llamó por teléfono poco después de las cuatro de la tarde, para citarme en el Longwood Riviera. En un principio, pensé negarme, pero luego accedí y quedamos en reunimos en esa sala a las diez de la noche.

—Algo tarde, ¿no?

—Él dijo que tenía un invitado a cenar y que no podía desatenderlo.

—Comprendo. Fallon reflexionó un poco y luego dijo—: Un invitado a cenar se compagina muy bien con el hecho de que la criada india se hubiese ido a dormir, ¿no le parece?

Capítulo VI

LAURA tardó algunos segundos en contestar. La aglomeración urbana de Sealake más importante estaba al otro lado de la cadena de montañas, que separaban la zona del lago de la llanura que acababa en el mar, y se tenía acceso a ella por un desfiladero, al que se llegaba después de numerosas curvas de la carretera.

El coche inició el descenso hacia la llanura. A lo lejos, se veía el reflejo de la luna en el océano.

Laura dijo:

—Tal vez lo del invitado no era sino un pretexto.

—Pretexto, ¿para qué?

Ella se encogió de hombros.

—¿Cómo puedo saberlo yo, señor Fallon? Lo único que le puedo decir es que la hora de la cita era a las diez de la noche y que O'Hara, no acudió. Usted lo vio tan bien como yo.

—Sí, es cierto —admitió el investigador—. Señorita Samder, en serio, ¿cree usted en que la amenaza haya sido escrita por Norma Bibbs?

—Sería absurdo. Ella murió hace una semana —exclamó Laura.

Fallon pensó en que Norma podía haberse imaginado que la iban a asesinar y dejado en tal caso unos escritos amenazantes, destinados a determinadas personas. Pero no era un argumento congruente.

Ello hubiera comportado la ayuda de un cómplice para enviar los escritos después de la muerte de la columnista. ¿Había dejado el cómplice que Norma muriese sin hacer nada por ayudarla?

—Es una broma de mal gusto del asesino —dijo en voz alta.

—¿Cómo? —preguntó Laura.

—No, nada —contestó el investigador—. Estaba pensando en la muerte de O'Hara y expresé mis pensamientos en voz alta.

—Alguien tenía que ajustar una cuenta con el escritor y aprovechó la ocasión para enviarle ese mensaje.

—Indudablemente, aunque debe recordar que también a usted le envió uno igual.

—Sí, eso es cierto.

—¿No tiene miedo de que el asesino cumpla su amenaza?

—No.

Fallon miró sorprendido a la muchacha.

—Muy segura la veo de sí misma —dijo.

—No está bien hablar de los muertos, pero O'Hara no era tampoco lo que se dice una buena persona. Por supuesto, no me considero una santa; pero hay mucha diferencia entre mi vida y la de O'Hara.

—¿Cuál es esa diferencia?

—Sospecho que O'Hara hacía chantaje. A quién y por qué, no lo sé; pero cuando me llamó por teléfono dijo una frase que me hizo luego pensar mucho.

—Repita la frase, por favor.

—O'Hara dijo: «Si este mensaje es obra de quien yo rae sé, le va a costar muy caro.

Tengo medios para arruinarle para toda la vida.»

—Sí, eso huele a chantaje —murmuró el detective reflexivamente—. ¿Pronunció algún nombre?

—No. Esperaba que me lo dijera en el curso de nuestra reunión.

—Pero no asistió —suspiró Fallon—. De todas formas, si el asesino creyó castigar la muerte de Norma cometió un error.

Laura le miró sorprendida.

—¿Por qué dice eso? —preguntó.

—Por la sencilla razón de que ninguno de los cuatro sospechosos la mató. Norma murió de un ataque al corazón.

* * *

El comentario de Norma acerca de Meg Peyroo, decía:

«¿Es cierto que la escuela de modelos más afamada de esta zona de la costa es realmente una escuela de modelos? Malas lenguas aseguran que a las chicas que asisten a esa escuela se las enseñan asignaturas que no entran precisamente en la educación que debe adquirir una hermosa muchacha que desea ser una modelo famosa; y entre las asignaturas que cursan, aprenden las que les hacen enseñar con gracia regiones anatómicas que la honestidad manda tener cubiertas...»

Fallon recordaba muy bien el comentario y se dijo:

—No me extraña que la llamasen Señora Vitriolo y que hubiese gente que la adiera a muerte.

La escuela de modelos de Meg Peyroo estaba situada en un bello edificio de dos plantas, rodeado por un hermoso parque, con su correspondiente piscina. Un guardián uniformado y armado le abrió la verja y Fallon penetró con el automóvil hasta la explanada situada ante la fachada.

Se apeó del vehículo. Una elegante joven salió a su encuentro y se presentó:

—Soy Nina Vrien, señor Fallon. La señora Peyroo le recibirá dentro de unos momentos. Tenga la bondad de acompañarme, por favor.

—Muy amable, señorita Vrien.

La secretaria le condujo hasta una elegante salita, desde la cual se podía ver un buen pedazo del parque. El guarda de la entrada se había comunicado con ella telefónicamente para consultar si se podía permitir el paso al investigador.

Desde la ventana, Fallon contempló a media docena de hermosas jóvenes que, vestidas con trajes de baño de dos piezas, hacían suaves ejercicios gimnásticos bajo la dirección de otra mujer de belleza nada desdeñable. Nina Vrien llegó junto a la mujer, habló con ella brevemente y luego la secretaria se quedó a dirigir la sesión de gimnasia.

Momentos después, Meg Peyroo entraba en el salón. Fallon se puso en pie.

Era una mujer muy delgada, pero netamente femenina, de ojos glaucos, pelo casi blanco y notable estatura. Vestía una blusa muy corta, anudada bajo los senos, y unos pantalones cortos y ajustados.

—Señor Fallon —dijo.

—En electo, señora Peyroo.

—Mi secretaria me ha informado de sus deseos de hablar conmigo. Siéntese, se lo ruego.

La voz de Meg era fría, impersonal. Fallon calculó su edad entre los treinta y treinta y cinco años, llenos de experiencia en todos los sentidos.

—¿Y bien, señor Fallon?

El investigador sacó su tarjeta y se la enseñó a la directora de la escuela.

—Estoy, investigando la muerte de Norma Bibbs, señora —dijo.

Meg se puso pálida.

—¿Qué quiere saber de mí? —preguntó.

—Simplemente, por qué le metió una bala en la cabeza.

—Puesto que es investigador, me imagino que se habrá informado previamente, leyendo sus comentarios acerca de mi escuela de modelos.

—Sí, señora.

—¿Sabe también lo que dijo de un importante hombre de negocios?

—Sí, señora.

—Entonces, ahí tiene los motivos. Era una perra, un bicho repugnante. No debía seguir viviendo. Seres como Norma Bibbs deben morir aplastados a taconazos.

—Mucho odio la tenía usted, señora.

Los ojos de Meg chispearon.

—Todo el odio que se puede sentir hacia una persona. Y no crea que me arrepiento de lo que hice —manifestó.

—Luego admite que disparó contra ella.

El pecho de Meg se agitó tempestuosamente.

—Sí —confirmó —; y si ahora se presentase, dispararía de nuevo; y si cayese y se levantase, dispararía otra vez. ¡Estaría disparándole cien años seguidos si fuera necesario! —exclamó con acento de odio salvaje.

Fallon esbozó una sonrisa.

—El motivo de su rencor ya no existe, pero usted es una mujer afortunada, porque, cuando disparó, Norma estaba ya muerta.

—Felicite al asesino de mi parte cuando lo encuentre —dijo Meg—. Pero no se le puede llamar asesino, sino justiciero.

—¿Le ha causado mucho perjuicio los comentarios de Norma?

—Me ha dejado casi al borde de la quiebra. Se me fueron casi todas las chicas...

—Señora Peyroo, en confianza, sólo de usted para mí, y tenga la seguridad de que no lo repetiré a nadie, ¿no cree que había algo de razón en los comentarios de Norma?

—¡No, jamás! —gritó Meg descompuestamente.

—¿Qué me dice de la fiesta a la que asistió Warren? Una fiesta de fin de curso, que termina a la madrugada, con lanzamiento de personas vestidas a la piscina, entre otras «diversiones».

—Mi escuela es especial; no es como otros centros de enseñanza...

—Se dice que hombres importantes y adinerados vienen aquí con alguna frecuencia... a descansar de las múltiples precauciones que les causan sus negocios.

—¿Es que no puedo tener amistades?

—¿Quién tiene las amistades: usted o sus chicas?

Meg le miró con expresión de rabia.

—Está insultándome —dijo.

—Declaro la verdad, solamente; y no es necesario que adopte actitudes pudibundas ante mí. Todo el mundo sabe en qué consiste, en realidad, su escuela de modelos. Pero eso no me interesa a mí; es cuestión de las autoridades que veían por la moral. A mí, lo que me interesa es conocer la hora en que llegó usted a casa de Norma Bibbs.

Meg procuró calmarse.

—Habían dado ya las dos y media —contestó.

—¿Cuántos minutos pasaban?

La mujer reflexionó.

—Todavía no eran las tres menos cuarto, pero le faltaba poco —

declaró al cabo.

—Usted fue dispuesta a matarla.

—Sí.

—¿Cómo lo hizo?

—Di la vuelta a la casa y miré por la ventana. Ella estaba sentada en el sillón. Apunté y tiré.

—Una sola bala.

—Sí.

—Voy a hacerle una pregunta y quiero que recapacite bien, señora Peyroo —dijo el investigador—. Después de disparar, ¿cómo quedó Norma?

—Cayó hacia adelante y apoyó la cara sobre la mesa. Lo recuerdo perfectamente.

—Gracias, señora. Ahora, por favor, la última pregunta.

—Sí, señor Fallon.

—¿Ha recibido algún mensaje amenazador?

Meg sonrió despreciativamente.

—¿Cree que me asustan los mensajes de amenaza, escritos por algún chiflado que pretende aprovecharse de la ocasión? Ese mensaje terminará luego en una vulgar petición de dinero que, por supuesto, no pienso atender —contestó la directora de la escuela de modelos con acento lleno de firmeza.

Capítulo VII

—ME falta por interrogar a Warren, pero de antemano te advierto que la investigación no tiene ya objeto de ser, Weddon.

El fiscal arqueó las cejas. Iba a llevarse a los labios su taza de café, pero detuvo el gesto.

—¿Por qué, Ross? —preguntó.

Fallon removió el azúcar con la cucharilla. Los dos hombres habían cenado juntos y, durante la cena, habían comentado los diversos aspectos del problema.

—Norma murió por causas naturales. Un fallo cardíaco, Weddon —declaró el investigador.

—Me dejas pasmado, Ross —confesó Erksdale.

—Como lo oyes. Supongo que no habrá motivos de duda acerca de la competencia del doctor Lexton.

—Por supuesto, Ross. De modo que Norma murió de un ataque...

—Sí, Weddon, ya estaba muerta cuando el escritor le disparó a la cara el primer chorro de gas.

Erksdale meneó la cabeza.

—Esto altera por completo el sentido de la investigación —dijo.

—En lo que a mí concierne, la suspendo, Weddon.

—¡Hombre, no! Ross, no puedes dejarme así en la estacada. Los sospechosos quedan exculpados después de lo que me has dicho, pero recuerda que O'Hara murió por algo que tiene relación con la muerte de Norma Bibbs.

—¿Y quieres que siga adelante?

—Sí, Ross. Hazme ese favor. —Erksdale bajó la voz—. Un día tendré ocasión de pagártelo con algo más que los honorarios que ahora percibirás con cargo a los fondos de fiscalía.

«Política, política», pensó Fallon. ¿Se diferenciaba su amigo de otros sujetos con idénticas ambiciones? Todos buscaban un medio, cualquiera que fuese, el cual *usar* como trampolín para escalar altos puestos en la política.

Un escaño en el Senado de California, luego un acta para la Cámara de Representantes en Washington, después... La política es siempre poder, se dijo Fallon.

—¿Qué me contestas, Ross? —preguntó el fiscal ansiosamente.

—Está bien —accedió Fallon de no demasiado buen humor—. Seguiré adelante. ¿Tienes algún detalle más de la muerte de O'Hara?

—¿Qué es lo que quieres saber, Ross?

—O'Hara tenía una cita para las diez de la noche, pero no acudió. Algo lo retrasó, Weddon.

—Una visita. Así lo ha declarado la criada india del escritor.

—¿Quién fue el visitante?

—Una mujer. La india no lo sabe, no la conoce. Ha dicho que es alta, muy elegante, de pelo rubio pajizo...

«Meg Peyroo», pensó el investigador.

—El disparo se hizo desde el exterior, ¿no?

—Sí, pero no se han encontrado huellas que permitan seguir una pista medianamente valiosa. Los expertos aseguran que el asesino se descalzó previamente.

—Un tipo listo —comentó el investigador.

—Sí, Ross.

—¿Qué clase de suelo hay allí?

—Arenoso bajo la ventana, con algunas matas. El asesino arrastró luego los pies y sus huellas se hicieron más confusas. Debió de calzarse en su automóvil, pero nadie sabe dónde lo paró. Allí hay muchos senderos que conducen a las residencias. Ya sabes que en ese sector de la montaña abundan ese género de edificaciones.

—Sí, Weddon —suspiró Fallon—. El asesino sabía bien lo que se hacía... pero ahora lo que importaría es conocer los motivos.

—Hay un par de agentes que están investigando a fondo los papeles y documentos del escritor —manifestó el fiscal—. Tal vez encuentren algún rastro que pueda facilitarnos una buena pista.

—Si ocurre eso, dímelo inmediatamente, Weddon.

—Te lo prometo, Ross.

* * *

De repente, Fallon sintió la necesidad de ver a Laura.

Estimaba que la muchacha era una pieza importante en el caso. Laura se mostraba reacia a hablar, pero si conseguía ganarse su confianza, tendría mucho adelantado en su investigación.

Paró el automóvil en las proximidades de la casa de la muchacha. Miró desde la calle; había una ventana iluminada, lo que significaba que Laura estaba levantada.

Por otra parte, no era demasiado tarde; aún no habían dado las diez de la noche. Cruzó la calle y entró en el edificio.

Momentos después, llamaba a la puerta del piso de Laura. Ella

acudió a abrir a los pocos momentos.

La cara de la muchacha expresó una viva sorpresa.

—¡Usted! —dijo.

Fallon esbozó una sonrisa.

—Pensé que no le molestarían unos minutos de charla —declaró.

—Bueno, pase.

—Gracias, señorita Samder. Oiga, ¿sabe que tiene la casa muy bien arreglada?

—No me elogie —replicó ella desabridamente—. Ese no es el camino correcto.

—¿Para qué, Laura? —Fallon suprimió el tratamiento, pero a ella no pareció molestarle.

—Usted ha venido a ganarse mi confianza.

—Es una buena psicóloga, Laura —dijo el detective.

—Sí, lo soy.

Hubo un momento de silencio. La joven tenía los ojos fijos en el rostro de su visitante.

—Ross, usted quiere saber por qué yo fui a ver a Norma, ¿no es eso?

—Ya me lo dirá otro día —contestó él con cierta indiferencia—. A fin de cuentas, usted no la mató.

—¿Padecía ella del corazón?

Fallon se sobresaltó ligeramente...

—¿Por qué lo pregunta?

—No es corriente que una persona muera súbitamente. Lo normal es que esté enferma del corazón.

—Es verdad —murmuró él—. No había pensado en ello... Tendré que investigar acerca de su posible dolencia. Gracias por la sugerencia, Laura.

—Lo estuve pensando toda la tarde, Ross. Usted me hizo meditar mucho cuando me lo dijo, ¿comprende?

—Sí. —Fallon se mordió el labio inferior—. A nadie se nos ha ocurrido reflexionar sobre ese detalle. Pero si padecía del corazón, tenía que atenderse con algún médico.

—Eso es lo que yo calculo, Ross.

—¿Quién nos lo podría decir, Laura?

—El ama de llaves. Era la única persona en quien Norma confiaba.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Llevaba muchos años con ella. A la larga, esto da confianza... y si estuvo enferma, en alguno de sus ataques, el ama de llaves tuvo que cuidarla forzosamente.

Fallon se acordó de pronto de lo que le había contado Matthia Count, la hermosa dueña del Longwood Riviera. Sí, aquel desmayo durante el

abofeteamiento podía haber sido muy bien un ataque cardíaco.

—Hablaré con el ama de llaves —prometió—. Y entonces, lo que usted creyó sonrisa burlona, no era más que la crispación de su cara, causada por el último ataque.

—Así tuvo que ser, aunque no me fijé mucho. La verdad es que tampoco se veía bien, Ross.

Fallon enarcó las cejas.

—¿Que quiere decir, Laura?

—Bueno, el despacho estaba en penumbra y ella se encontraba de espaldas a la ventana. Las persianas estaban bajadas y entraba muy poca luz.

—Y, además, usted estaba sumamente nerviosa.

—Sí, Ross.

—Entonces, resulta lógico que confundiese una sonrisa de burla con lo que, en realidad, era su última mueca.

—Exactamente.

Hubo un momento de silencio. Fallon y Laura se miraron y se sonrieron mutuamente.

De repente, ella exclamó:

—¡Oh, no le he invitado a tomar nada! ¿Qué quiere beber, Ross?

—Beber, a estas horas, nada ya, gracias. Un poco de café, si no le molesta...

—En absoluto. Lo tendré listo dentro de cinco minutos.

Laura dio media vuelta y se alejó hacia el interior del departamento. Fallon encendió un cigarrillo. Sentíase satisfecho del giro que iban tomando las cosas.

* * *

El hombre abrió la ventana y miró hacia abajo. Se estremeció ligeramente; la calle estaba a quince pasos de distancia.

La cornisa, sin embargo, era relativamente ancha. Sacó una pierna y luego otra. En pie, pegado a la pared, fue deslizándose con pequeños pasitos hacia otra ventana que se veía iluminada a corta distancia.

Segundos después, alcanzó la ventana. Con una mano, tanteó el borde inferior del bastidor y lo fue levantando lentamente. A poco, el paso quedaba libré.

El hombre penetró en la cocina. Escuchó un momento, la casa estaba en silencio.

Se acercó de puntillas a la puerta. Ya se disponía a abrirla, cuando de pronto, oyó un vivo taconeó.

Dio un salto y se situó tras la puerta, justo en el momento en que

Laura la abría. La muchacha entró en la cocina y se dirigió directamente a los hornillos.

El intruso metió la mano en el bolsillo de sus pantalones y sacó un lazo de seda, del grosor de un dedo meñique. Hizo una prueba de resistencia y luego, paso a paso, avanzó hacia Laura.

Ella estaba vuelta de espaldas y no se había percatado de su presencia. Lentamente, los brazos del intruso se elevaron sobre su cabeza, sosteniendo con ambas manos los dos extremos del lazo ya preparado.

Laura rascó una cerilla para encender el gas, pero se le apagó. Al ir a encender otra, se le cayó la caja de fósforos al suelo y se agachó instintivamente, justo en el preciso instante en que el lazo iba a enroscarse en, su cuello.

Fallado el golpe, el asesino vaciló un poco y empujó con las rodillas a la muchacha, derribándola al suelo, dada su postura. Laura chilló al recibir el golpe tan inesperadamente.

El asesino maldijo, mientras se arrojaba sobre la muchacha, que se revolvía en el suelo, más desconcertada que asustada por algo que le ocurría y que ni siquiera sabía lo que era. En la sala, Fallon oyó el grito y se puso en pie instantáneamente.

Laura gritó de nuevo al sentir sobre su espalda la presión de unas rodillas. Intentó debatirse, pero el peso del hombre resultó excesivo para sus fuerzas. Jurando y maldiciendo entre dientes, el asesino colocó el lazo en torno a la garganta de la muchacha.

En aquel momento, oyó pasos precipitados.

El asesino se puso en pie de un salto, sorprendido por la presencia de alguien con quien no contaba. Fallon apareció en la puerta de la cocina y, de una ojeada, captó la situación.

—¡Ayúdeme, Ross! —gritó Laura angustiosamente, mientras se arrastraba por el suelo para huir del asesino.

Fallon se lanzó sobre el desconocido, quien lo rechazó de un brutal puntapié en el estómago. Un gemido de agonía se escapó de labios del investigador al caer de espaldas al suelo, presa de un dolor intolerable.

El asesino corrió hacia la ventana y pasó a la comisa. Dominando sus sufrimientos, Fallon se puso en pie y sacó su revólver.

El hombre escapaba pasito a pasito por la cornisa.

—¡Alto! —gritó Fallon, con una mano en el estómago—. ¡Alto o disparo!

El asesino se volvió un instante, con ojos llameantes de furia. De súbito, su tacón izquierdo resbaló fuera de la cornisa.

Perdió la estabilidad. Manoteó desesperadamente, tratando de encontrar un asidero, pero el desequilibrio había sido demasiado brusco para recobrar de nuevo la posición vertical.

Un horrible chillido se escapó de su garganta al comprender lo irremediable de su suerte. Braceando como un gran pájaro herido de muerte, el asesino cayó a la calle dando volteretas.

Un horrible ruido subió desde la acera. Fallon no quiso mirar siquiera; era un espectáculo poco agradable de contemplar.

Volvió la cabeza. Laura estaba todavía en el suelo, sentada a medias, con la cara tan blanca como la nieve.

El lazo de seda yacía en el suelo. Fallon se agachó a recogerlo y luego ayudó a la muchacha a ponerse en pie.

—Vamos a la sala —dijo—. La policía no tardará en llegar.

Capítulo VIII

EL capitán Loss dijo:

—Se llamaba Jink Tudd y era más conocido por El Lince. Se tenían sospechas de que era un asesino profesional, pero nadie había podido probarlo hasta ahora. Hemos encontrado esto en sus bolsillos.

«Esto» era una tira de fósforos de propaganda del Longwood Riviera, firmado por la dueña', Matthia Count.

«Tendré que hablar con Tom Caper», pensó Fallon.

—Tudd había alquilado ayer el piso contigo —siguió Loss—. Era obvio que lo había hecho expresamente para asesinar a la señorita Samder.

Fallon miró a la muchacha, cuyo rostro no había recobrado del todo los colores.

—Me gustaría saber qué motivos tuvo el asesino para intentar matarla —dijo.

Loss se encogió de hombros.

—Los mismos que para asesinar a O'Hara. Tudd fue el que disparó contra él; hemos encontrado en su coche muestras de la arena que hay en la parte trasera de la casa del escritor.

—Al menos, dos personas respirarán aliviadas—dijo Fallon—. Por cierto, todavía no he hablado con Warren.

—Creo que por mi parte ya está hecho todo —manifestó el jefe de la Brigada de Homicidios—. Dejo un hombre para vigilar a la señorita Samder.

—Gracias, capitán.

Fallon y Laura quedaron solos. El investigador consultó su reloj.

—Se me hace tarde ya —sonrió—. Laura, no sabe cuánto me alegro del impulso que me hizo venir a visitarla.

—Fue una suerte para mí, en efecto.

Fallon tomó sus manos. Estaban frías, notó.

—Adiós —se despidió—. Llámeme cuando tenga algo importante que decirme... y usted sabe a qué me refiero.

—De acuerdo, Ross.

El investigador llegó a la calle cuando el capitán Loss hablaba con algunos de sus hombres, disponiéndose ya a subir a su coche.

—Capitán —llamó.

Loss se volvió.

—Ah, hola, Fallon. ¿Qué le ocurre ahora?

—Olvidé antes hacerle una petición. ¿Querrá averiguar si El Lince se puso en relación días antes con Tom Caper?

—¿Quién es Tom Caper, Fallon?

—El gerente del Longwood Riviera, capitán. Me interesaría conocer ese dato.

—Lo investigaremos —prometió el policía.

Mientras regresaba a su casa, Fallon se preguntó quién tenía interés en matar a cuatro personas que habían intentado asesinar a una mujer y que ninguna de ellas hubiera conseguido sus propósitos.

El caso, decidió finalmente, se ponía más oscuro a cada momento y minuto que transcurría.

* * *

La mujer guardaba una expresión de reserva más bien hostil, cosa que no agradó demasiado al investigador. El ama de llaves de la difunta Norma Bibbs era una mujer de mediana edad, alta, seca y angulosa. Su rostro no inspiraba simpatía, ciertamente.

—No, señor —contestó el ama de llaves—; la señora Bibbs no padecía del corazón.

—¿Está segura de ello, señora Garrett?

Una sonrisa despectiva se dibujó en los delgados labios de la mujer.

—Llevaba doce años con ella. Conocía hasta el menor de sus padecimientos físicos, que no tuvo nunca sino los propios de toda mujer. Pero jamás padeció del corazón ni visitó a ningún médico al respecto.

—Es decir, que jamás estuvo enferma, exceptuando alguna indisposición pasajera, alguna jaqueca o cosa por el estilo.

—Exactamente.

—¿No cabe la posibilidad de que le hubiese ocultado su dolencia, señora Garrett?

—¿A mí? Por favor, señor Fallon.

El tono de la mujer era de claro desdén hacia el investigador. Fallon se sintió de repente incómodo.

—Gracias, señora Garrett —se despidió.

Fallon abandonó la casa, cruzó el jardín y subió a su automóvil. Al cabo de unos momentos, se apeó y regresó de nuevo.

Dio la vuelta al edificio y se asomó por la ventana del despacho donde Norma había muerto.

La habitación estaba en orden, aunque, naturalmente, faltaba la

mesa, destrozada por la explosión. Sin hacer el menor ruido, Fallon levantó el bastidor y entró en el despacho.

Cruzó la estancia y se asomó al vestíbulo. La señora Garrett no estaba a la vista.

Silenciosamente, Fallon subió al primer piso y buscó el dormitorio de Norma. Entró en él y se dirigió directamente al tocador.

Empezó a buscar en los cajones del mueble. No tardó en encontrar una receta médica.

El doctor Cruyshank había prescrito un estimulante cardíaco. Allí estaba la prueba.

Fallon guardó la receta en el bolsillo. Sin ser visto, abandonó la casa siguiendo el mismo camino que a la ida.

* * *

El doctor Cruyshank se puso las gafas y leyó la receta.

—Sí, la he firmado yo —admitió.

—Su paciente estaba enferma del corazón.

—Efectivamente. Padecía insuficiencia cardíaca. Los estados de arritmia eran frecuentes en ella.

—Lo cual significa que en cualquier momento podía morir, ¿no es cierto, doctor?

—Siguiendo el tratamiento y observando una vida normal y apacible, habría durado muchos años. Pero...

—¿Si, doctor?

—Yo le recomendé evitar las emociones fuertes a todo trance. Si luego no me hizo caso, yo me considero libre de toda responsabilidad en su fallecimiento.

—Por supuesto, doctor; usted obró correctamente. De modo que opina que la mató una emoción muy fuerte, un *shock* psíquico de gran violencia.

—Así tuvo que ser; de otro modo, no se concibe el paro de su víscera, señor Fallon.

—Gracias, doctor —sonrió el investigador—. Sus declaraciones pueden resultar muy interesantes para el definitivo esclarecimiento de la muerte de Norma Bibbs.

Cruyshank arqueó las cejas.

—¿Cómo ha dicho usted, señor Fallon? —exclamó.

—Norma Bibbs, doctor.

—¡Pero esa receta no corresponde a ninguna mujer llamada Norma Bibbs! —dijo el cardiólogo.

Fallon se quedó de piedra al escuchar aquellas palabras.

—¿Está seguro, doctor?

—Señor Fallon, yo jamás he tenido entre mis pacientes una mujer que se llame como usted ha dicho.

El investigador sintió que la cabeza le daba vueltas,

—Al menos... podrá usted decirme el nombre de la persona para quien expidió usted la receta —solicitó.

—Por supuesto. Déjeme la receta, por favor.

El doctor Cruyshank, hojeó un libro rápidamente.

De pronto, se detuvo y señaló un renglón escrito con al índice.

—Aquí está —dijo—. El nombre de la paciente era Elyanne Meeker.

* * *

—No comprendo —dijo Erksdale, mordiéndose los labios—. ¿Qué relación hay entre Elyanne Meeker y Norma?

—He vuelto a hablar con la señora Garrett. Dice que no ha oído hablar nunca de la Meeker —manifestó el detective.

—Es raro. ¿Crees que tenían algo que ver la una con la otra?

Fallon se encogió de hombros.

—Lo único que sé es que la receta apareció en el tocador de Norma —contestó—. Pero se me ocurre una posibilidad.

—Habla, Ross —invitó el fiscal.

—Norma era también sensible a la publicidad y si se hubiera conocido su estado cardíaco, es muy posible que lo hubiese perdido todo. Escribía para una agencia que repartía sus comentarios a numerosos periódicos y revistas. A la agencia no le habría hecho gracia saber que en cualquier momento podía quedarse sin una importante fuente de ingresos.

—Es verdad, Ross. ¿Y...?

—Sencillamente, Norma fue a visitar al doctor Cruyshank bajo el nombre de Elyanne Meeker

—Es lo más probable —concordó Erksdale—. Ya pesar de todo, Norma murió de un ataque al corazón.

—Alguien le pegó un susto de muerte —sonrió Fallon—. Bien, fiscal; dispénsame, pero tengo algo que hacer.

—¿Puedo saber de qué se trata, Ross?

—Puedes, Weddon. Voy a hablar con el cuarto asesino, que luego resultó no serlo.

—El que puso la bomba.

—Exactamente.

* * *

Fallon recordaba muy bien el corrosivo comentario que Norma había hecho acerca de la famosa fiesta en la escuela de modelos de Meg Peyroo, a la cual había asistido un prominente hombre de negocios de Sealake. No era difícil adivinar que la fiesta había degenerado en bacanal.

Ciertamente, Warren era un hombre importante. Fallon tuvo que vencer la resistencia de una recepcionista, una segunda secretaria y una secretaria personal, antes de llegar al adjunto Warren. Finalmente, el último obstáculo quedó vencido y Fallon pudo entrar en el *sancta sanctorum* que era el despacho del comerciante.

La estancia era un poco más pequeña que un campo de fútbol. Sobre la mesa se habría podido edificar una vivienda modesta con un pedazo de jardín. Los muebles parecían contruidos para gigantes y Warren, que no lo era, precisamente, parecía un enano en aquel ambiente.

En cambio, su voz semejaba brotar de las entrañas de la tierra. Fallon se dijo que el destino solía ser irónico a veces con las personas. Tanta voz y tanto dinero para un hombre que no alzaba un metro sesenta del suelo, se dijo.

Pero Warren no habría llegado al sitio que ocupaba de no ser un águila en los negocios. Su mirada era fría, desapasionada, calculadora.

—Usted viene a verme por el caso de la muerte de Norma Bibbs —le espetó a su visitante apenas le tuvo a tiro.

—Sí, señor Warren.

—No hay más que hablar. Yo coloqué la bomba bajo su mesa de despacho. Y la fabriqué personalmente, todo hay que decirlo.

—Con gran tranquilidad, observo.

—Con la misma tranquilidad que hubiese pegado dos tiros a un perro rabioso —contestó Warren.

—¿Pensaba así de Norma Bibbs?

—Pensaba muchísimo peor todavía.

—¿Por qué, señor Warren?

—A ella no tenía por qué importarle si yo me divertía o no. Pero había otros motivos.

—Expréselos, se lo ruego.

—Chantaje, chantaje vil y vulgar —declaró Warren.

—¿Acerca de...?

Warren meneó la cabeza.

—Eso se queda para mí y para la respetable dama que pudiera verse comprometida en el asunto —contestó.

—Asunto de faldas, ¿eh?

—Sí, y de despecho también.

—¿Cómo?

—Ah, pero, ¿no lo sabe? Norma intentó conquistarme.

—Interesante, señor Warren. Siga, se lo ruego.

—Poseo una gran fortuna. ¿Qué más quiere que le diga?

—De modo que Norma quiso conquistarle.

—Sí; y de tal forma, que tomó unas fotografías de ambos en cierta ocasión en que fui a visitarla a su casa. Naturalmente, sin que yo lo supiera. Me recibió muy ligerita de ropa; claro, ya lo tenía todo planeado...

Warren metió la mano en el cajón y sacó una fotografía que tiró al investigador.

—Vea —dijo—. Parece que yo trate de abrazarla, pero, en realidad sucede todo lo contrario. La escena, sin embargo, se presta a confusiones.

Fallon contempló la fotografía durante unos instantes.

—Sí —dijo al cabo—, todo depende de la interpretación que se le pueda dar. ¿Cuál era el precio del silencio de Norma?

—Ella misma. No pedía dinero, pero quería que yo abandonase a... bien, no voy a mencionar su nombre. Ese es asunto estrictamente mío.

—¿Tal vez Meg Peyroo?

Warren sonrió desdeñosamente.

—No diga tonterías, señor Fallon —contestó.

—Sin embargo, se le acusa de poseer una importante participación en el negocio de la señora Peyroo. Es extraño; usted trata de encubrir la respetabilidad de una dama, pero usted mismo no se comporta de una forma estrictamente respetable.

El negociante enrojeció.

—Repito que son asuntos míos. La explicación de por qué puse la bomba en la mesa de despacho de Norma ya está dada.

—Sí, aunque no me ha dicho cómo la construyó.

—Llegué a sargento de Zapadores en la guerra de Corea— respondió Warren—. Adquirí mucha práctica en montar y desmontar minas y toda clase de trampas explosivas.

—¿Cómo lo hizo?

—Una vez la preparé, reforzada por la parte inferior para que los efectos principales de la explosión se produjeran hacia arriba, aproveché un instante en que Norma tuvo que salir, para colocar la bomba, sujeta bajo el cajón, con tiras de cinta adhesiva.

—Es decir, que cuando usted habló con ella, estaba viva.

—Sí, positivamente.

—¿A qué hora fue a verla?

—A la una y diez y me despedí exactamente veintidós minutos más tarde.

—La bomba explotó a las dos y cincuenta minutos. ¿Por qué tanto tiempo, señor Warren?

—Hombre, para que no se me relacionase con el crimen.

—Sin embargo, se averiguó esa relación.

Warren se encogió de hombros.

—No me importa en absoluto, y aunque Norma hubiese estado viva cuando explotó la bomba, habría sido muy difícil que probasen mi culpabilidad.

—No lo dudo —convino Fallon cortésmente—. La última pregunta, por favor. ¿Ha recibido un escrito amenazador, firmado por Norma Bibbs?

—Sí, pero lo tiré a la papelera inmediatamente. ¿Quién diablos puede creer en las amenazas de una muerta?

Capítulo IX

—**U**STED estuvo a visitar a Félix O'Hara el día en que fue asesinado y precisamente pocos momentos antes de su muerte.

Sentada en una tumbona, en el jardín de la escuela, Meg Peyroo estudió el rostro del investigador a través de las gafas negras que cubrían sus ojos.

—Sí —dijo lacónicamente.

—¿De qué hablaron?

—Eso no le importa a usted en absoluto.

La voz de Meg era fría, desapasionada.

—Usted pegó un tiro a una muerta y no es un hecho por el que se la pueda culpar, pero pudiera verse implicada en la muerte de O'Hara.

—He leído los periódicos —contestó Meg apaciblemente—. El hombre que mató a O'Hara está muerto.

—Lo que significa que se considera exculpada del crimen.

—Sí.

—De su ejecución material, tal vez, pero no de complicidad en el mismo.

Meg hizo un gesto de indiferencia.

—Demuéstrelo —retó a su interrogador.

—Es usted muy evasiva, señora Peyroo.

—No puedo obrar de otro modo, Me protejo a mí misma.

—¿Está protegida contra la venganza de Norma Bibbs?

Meg soltó una carcajada.

—¿Quién puede creer en semejantes estupideces?

—contestó.

—Entonces, ha recibido el mensaje de amenaza.

—Sí.

—¿Qué opina al respecto?

—Es la obra de un demente, no tiene otra calificación.

—O'Hara recibió el mensaje y murió asesinado.

—Hubo un tiempo en que tuvo ciertas conexiones con el hampa. Quizá su muerte fue el resultado de un ajuste de cuentas.

—¿De veras lo cree así?

—Por supuesto.

—Insisto en que me diga el tema de su conversación, señora.

Meg sacudió la cabeza enérgicamente.

—Olvídelo, investigador —denegó—. Los asuntos que pudiera haber entre O'Hara y yo pertenecían exclusivamente a ambos.

—Es probable que estas preguntas que yo le he formulado se las repita el fiscal de un modo oficial —dijo Fallon.

—El fiscal no conseguirá arrancarme las respuestas. Sí, visité a O'Hara. ¿Por qué no podría hacerlo? ¿Era yo la única persona que le visitaba? Charlamos de temas comunes, sin importancia. Allí se está muy bien, en la veranda de su casa por la noche, disfrutando de una agradable temperatura y con una magnífica vista del lago con luz de la luna. Sáqueme otra respuesta —concluyó Meg burlonamente. Y de pronto se puso en pie.

—Dispense, pero es la hora de mi baño.

Meg llevaba puesta una bata corta de baño, que se quitó y lanzó negligentemente sobre la tumbona, quedando con un traje de baño de dos piezas, escaso de tela como Fallon no había visto jamás.

Se puso un casquete de goma para proteger los cabellos y se dirigió con paso indolente hacia el trampolín, situado a unos dos metros y medio, sobre el nivel de las aguas de la piscina. Subió lenta y pausadamente, recreándose en cada movimiento, a fin de hacer ostentación de su indudablemente esbelta anatomía. Al fin llegó a la parte superior.

Avanzó paso a paso hacia el borde de la palanca y tendió los brazos para tomar impulso. Fallon vio claramente cómo se llenaba los pulmones de aire.

En alguna parte detonó un rifle. Meg se estremeció horriblemente y la gracia de su postura se deshizo en el acto. Sus brazos empezaron a caer y luego se levantaron de un modo espasmódico, agarrándose los pechos con una expresión de intensísimo sufrimiento.

Fallon corrió hacia la piscina, pero llegó tarde. Meg se venció lateralmente, perneando de un modo raro. Cayó de costado y su choque contra las aguas levantó una gran catarata de espumas.

Las chicas salieron asustadas de la casa. Algunas chillaban histéricamente.

Meg emergió un momento. Con un último movimiento instintivo, agitó débilmente una mano y luego se hundió al fondo, dejando en la clara superficie de las aguas una mancha escarlata que se disolvía lentamente.

* * *

—Sólo hemos encontrado esto —dijo el capitán Loss, mostrando el

casquillo vacío.

—Un rifle de caza, ¿no es cierto? —comentó Fallon.

—Calibre 30 y, probablemente, provisto de mira telescópica. El disparo se hizo a unos ciento ochenta metros de distancia, con lo que la precisión del tiro fue absoluta.

—No hace falta que lo diga, capitán —rezongó Fallon, haciendo una mueca—. La bala le entró por el costado izquierdo, justo bajo la axila, atravesó ambos pulmones, interesando probablemente el corazón, y salió por el costado derecho, un poco más arriba de la cintura.

—Sí, puesto que el asesino disparó a un nivel superior al del trampolín.

Fallon miró hacia la colina que se veía por encima de las copas de los árboles del jardín.

—El asesino se situó en un lugar adecuado, desde el cual pudiera dominar perfectamente el panorama

—dijo—. Además, y éste es un detalle muy importante, conocía al dedillo las costumbres de Meg Peyroo.

—Desde luego, porque hizo fuego cuando ella se disponía a tomar su baño. Tenía una hora fija, ¿no es cierto?

—Al menos, eso es lo que manifestó cuando se levantó, después de nuestra entrevista.

—¿Sacó usted algo en limpio? —inquirió el capitán Loss.

Fallon suspiró:

—Sólo una cosa, capitán —respondió—. Meg era una mujer astuta y sólo decía lo que le convenía. Que era muy poco, por desgracia para mí.

Loss movió la cabeza pensativamente.

—Ya van dos —murmuró—. Dos de los que pretendieron asesinar a Norma Bibbs han muerto. ¿Ocurrirá lo mismo con los otros dos?

—Trataremos de evitarlo —aseguró Fallon—. Bien, capitán, hasta la vista.

—Adiós.

Fallon abandonó la escuela casi de noche. Ya se habían llevado el cadáver de Meg Peyroo, la mujer que se había burlado de la amenaza de una muerta.

¿Quién estaba cometiendo los crímenes en nombre de Norma Bibbs?

¿Había alguien interesado en tomar venganza de un asesinato que no habían consumado los que quisieron cometerlo?

* * *

El agente que vigilaba el departamento de Laura Samder no puso el menor inconveniente a la visita de Fallon. Laura corrió hacia él, apenas

oyó su voz.

—¿Hasta cuándo voy a seguir así? —exclamó, sumamente aprensiva—. Es horrible esto de tener constantemente un hombre que me vigile...

—Peor sería estar como Meg Peyroo ¿Conoce la noticia, Laura?

—Sí, lo he oído por la radio. Usted lo presencié, creo.

—En efecto, así fue.

—El asesino escapó, ¿no?

—Tuvo tiempo más que de sobra —contestó Fallon malhumoradamente—. Lo tenía todo muy bien planeado, créame.

Laura se retorció las manos nerviosamente.

—¿Por qué mataron a Meg? —exclamó.

—El autor del mensaje cumplió su amenaza, es todo lo que puedo decirle, Laura.

—A mí también me amenazaron, Ross —le recordó ella.

—E intentaron asesinarla.

—¡Pero yo no tenía motivos...!

—¿Acaso no fue a ver a Norma Bibbs con un puñal en la mano?

Laura enrojeció fuertemente.

—Ya le dije que sólo quería amedrentarla —contestó.

—¿Por qué?

Ella guardó silencio. Fallon suspiró.

—Ya me lo dirá algún día —gruñó—. ¿Acaso se trata de un pasaje vergonzoso de su vida?

—¡No! —protestó Laura con gran vehemencia.

Fallon creyó adivinar la verdad.

—¿A quién protege, Laura?

La muchacha desvió la cabeza a un lado.

—Por favor, Ross —pidió afligidamente.

—¿Se trata de un hombre?

Laura hizo un gesto negativo.

—Bueno, ya es algo —dijo Fallon—. ¿Quién es la mujer, en tal caso?

—No... Otro día, Ross. Déjeme un poco más de tiempo, se lo ruego —suplicó ella.

—Está bien, otro día. Volveré a verla y...

El teléfono sonó en aquel momento. Fallon y Laura volvieron la cabeza, mientras el agente de policía cruzaba la estancia y levantaba el aparato.

Segundos después, el agente dijo:

—Para usted, señor Fallon.

El investigador, sorprendido, tomó el teléfono.

—Habla Fallon —anunció.

—¡Ross! ¿Eres tú? Soy Matthia...

—¿Quién te ha dicho que yo estaba aquí? —se sorprendió Fallon.

Una estridente carcajada sonó en sus oídos.

—Llamé a tu casa y no contestó nadie —explicó Matthia—. En vista de ello, se me ocurrió que podrías estar con Laura Samder. No me he equivocado, muchacho.

—Está bien. Dime que ocurre, Matthia, por favor.

—Ven a verme. Tengo noticias interesantes para ti

—De acuerdo. Ahora mismo salgo para tu casa. Fallon colgó el teléfono y se despidió de Laura

—Continuaremos la conversación en otro momento —dijo.

—Sí, Ross —contestó ella apaciblemente.

Le acompañó hasta la puerta.

—Su visita me ha tranquilizado bastante —sonrió. Fallon sonrió. Tomó el sombrero, que había dejado sobre una silla, junto a la puerta, y salió, prometiéndose en su fuero interno reanudar el diálogo con Laura tan pronto le fuera posible.

* * *

—Estoy en trance de rescindir el contrato con Caper— dijo Matthia Count, apenas cambiadas las primeras palabras de saludo con el investigador.

—¿Por qué? —preguntó Fallon.

—Ya te dije que empezaba a recelar de él. Le pregunté por sus relaciones con Beach y Cook, quienes, por cierto, están aún lamiéndose las heridas.

—Sigue, sigue, Matthia —pidió Fallon impaciente.

—Bueno, admitió que los conocía, pero no tener otra relación con ellos que la de una simple amistad.

—¡Hum! «Dime con quién andas...» ¿Reconoció haber entregado la tira de fósforos con tu firma, Matthia?

—Oh, sí, pero eso no tiene importancia; me lo pide muchas veces para otros clientes. Ya sabes, esto es una especie de rito que me inventé yo para atraer a la clientela.

—Desde luego. ¿Qué más, Matthia?

—Cuando le pregunté por qué había ordenado a sus amigos ir a tu casa para apalearte, se turbó. Lo negó, pero, Ross, aquí se adquiere mucha experiencia. Puede que no lo ordenase él, pero lo sabía, estoy seguro de ello.

—¿Qué harás ahora, Matthia?

La mujer se mordió los labios.

—Si rescindo el contrato, me costará una buena indemnización, ya que yo no tengo pruebas de conducta inmoral. Y, francamente, permitir que siga un año más como gerente, me parece abusivo. Una puede ser lo que quiera en su vida privada, pero quiero que el local tenga una fama intachable.

—Te comprendo —sonrió Fallon, dándole una palmadita en la mejilla—. Bien, dame la dirección de Caper. Ahora mismo iré a verle. Es decir, si no está aquí en estos momentos

—No. Provisionalmente, le he suspendido de sus funciones. Se lo he dicho bien claro, no me gusta lo que hace o intenta, hacer. Consultaré con mi abogado y como encuentre el menor resquicio legal, la suspensión será definitiva

—Te felicito, Matthia.

Fallon se dirigió hacia la puerta. Ella le agarró por un brazo, suplicante.

—¿Cuándo te vas a quedar conmigo, Ross? —preguntó.

—Ya conoces mi forma de pensar, hermosa —contestó él.

—Condenado orgullo. El puesto de Caper sería para ti... Un empleo magnífico y nadie podría decir nada...

Fallon guardó silencio. Los brazos de Matthia cayeron lacios a los costados.

—Anda, vete —lo despidió—. Ya sé, no te gusta vivir a costa de una mujer. ¡Pero es una forma de pensar absurda, Ross!

Cuando salió, Fallon no había despegado aún los labios.

Capítulo X

A Fallon, en cierto modo, no le habría importado aceptar el puesto que le ofrecía la hermosa Matthia Count. Pero tiempo atrás habían sostenido un volcánico romance y había aprendido a conocerla. Era demasiado enérgica y exclusivista y, al final, habrían terminado por tirarse los platos a la cabeza, cosa, que por otra parte, había estado a punto de suceder ya más de una vez.

Tampoco él era un exclusivista, pero quería gozar de paz en el hogar el día en que se casara. Apartando a Matthia de su imaginación, emprendió la marcha en dirección a la residencia de Tom Caper.

El suspendido gerente del Longwood Riviera vivía al otro lado de las colinas, en una casa que había alquilado en una de las laderas. Los caminos secundarios de acceso a las residencias campestres estaban muy bien cuidados y con suficiente iluminación. Los impuestos eran altos en Sealake, pero el Municipio cuidaba de una adecuada compensación a sus ciudadanos.

Fallon detuvo el coche ante la entrada al jardín. Se apeó y contempló el panorama de la ciudad, estallante de luz, con el océano al fondo.

Entre la ciudad y el lugar en que se hallaba, había aún mil metros de suave ladera, cubierta de vegetación.

De pronto, Fallon se encontró contemplando la escuela de modelos, a unos cuatrocientos metros de distancia.

Era un dato a tener en cuenta, se dijo, mientras atravesaba el jardín. Llamó a la puerta y tocó el timbre.

Un sujeto de cara agria abrió a los pocos momentos. Fallon pensó que las autoridades de Sealake debían empezar a tomar de nuevo medidas contra los hampones.

—Quiero hablar con Caper —anunció.

—Espere —contestó el sujeto.

«Lleva una pistola», adivinó Fallon en el acto.

El individuo se metió en la casa y salió a los pocos momentos.

—Pase —indicó secamente.

Fallon cruzó el amplio vestíbulo y entró en un salón lujosamente amueblado. Una puerta se cerró en aquel momento al otro lado, pero fingió no advertirlo,

—Quería hablarme, creo —dijo Caper con glacial acento.

Fallon contempló al sujeto durante unos instantes. Caper contaba unos cuarenta años y era delgado y anguloso de rostro. Sus ojos brillaban de un modo poco amistoso. «Tiene toda la pinta de un jefe de *gang*», pensó.

—Sí, quiero hablarle —confirmó.

—¿Acerca de...?

—De dos tipos llamados Darryl Beach y Jimmy Cook.

—No los conozco —respondió Caper indiferentemente.

—Es usted un mentiroso muy bueno —dijo Fallon— Cualquiera que le oyese, creería que dice la verdad...

—No le he admitido aquí para recibir insultos. Si es eso todo lo que tenía que decirme, lárguese.

—El Lince era amigo suyo, ¿no es cierto? ¿Le digo quién era Jink Tudd y lo que hizo o pretendió hacer?

—¡Jerry! —rugió Caper.

El hombre que había abierto la puerta se presentó inmediatamente.

—Diga, jefe.

—Echa a este hijo de perra en el acto de aquí —ordenó Caper, bramando de cólera.

Jerry se acercó a Fallon y le agarró por un brazo. Con gran delicadeza, el investigador le metió un dedo en un ojo.

El sujeto empezó a dar saltos por la estancia, rugiendo de dolor. En uno de sus saltos, Fallon logró conectar su pie derecho y Jerry salió disparado a través de un ventanal, yendo a parar al jardín, donde quedó inmóvil.

Caper tenía la boca abierta de par en par. Fallon le dio dos golpecitos bajo la mandíbula.

—Ciérrela, hombre —dijo sonriendo.

Caper lanzó un juramento y fue a ponerse en pie, pero su nariz tropezó al levantarse con el codo de Fallon, colocado malignamente en su camino. Caper empezó a llorar de rabia impotente.

—Está bien —añadió Fallon—. Si tanto se empeña en callar, me iré de su casa, hombre.

Pero en lugar de dirigirse hacia la salida, se acercó rápida y silenciosamente hacia la otra puerta y la golpeó de tacón con todas sus fuerzas.

Se oyó un golpe y un gemido de dolor. Alguien cayó al suelo al otro lado. Fallon asomó la cabeza y sonrió.

—Hola, Jimmy Cook —saludó amablemente—. ¿Cómo sigue tu compañero Darryl Beach?

Cerró la puerta y volvió a la sala. Caper tenía un pañuelo en la nariz.

—Bien —dijo el investigador—, ¿hablamos en serio?

—¿Qué quiere saber? —preguntó Caper con voz ronca.

—Todo —pidió Fallon.

—No puedo hablar. Es muy comprometedor para mí.

—Le compromete el asesinato de Meg Peyroo, ¿verdad?

Caper se sobresaltó.

—¿Cómo...?

—¿Quién lo hizo? —siguió Fallon, implacable.

Caper remoloneó.

—Yo no puedo...

El detective señaló el teléfono.

—Voy a llamar a la policía y, de todas formas, lo tendré que hacer —dijo.

—Lo único que hice yo fue dejar un rifle en un punto determinado, bien escondido —contestó Caper.

—¿Quién se lo ordenó?

El gerente del Longwood Riviera sacó un papel del bolsillo. Fallon lo cogió y leyó:

«Mañana; a las tres de la tarde, dejará usted un rifle de caza, con mira telescópica, en la ladera Oeste de Hillcrest, bien oculto y envuelto, al pie del tercer pino que hay en aquel lugar, contando desde el Norte».

—Esto es complicidad en un asesinato, Caper —dijo Fallon severamente.

Caper hizo un signo de asentimiento.

—Ahora ya lo sé —dijo con acento de queja.

—¿Acaso pensó que le pedían el rifle para ir a cazar tigres? ¿Quién se lo pidió?

—No lo sé, no le he visto nunca. Sólo he hablado con él por teléfono —contestó Caper.

—¿Cómo?

—Me llamó hace tiempo y me dijo que si me gustaría que se conociese lo que pasó hace años en San Francisco. La persona que hablaba conmigo me dio toda suerte de detalles, así que me convenció de que estaba enterada absolutamente de lo sucedido entonces. Dijo también que si lo hacía público, mi empleo se iría al diablo... y yo gano un buen sueldo en el Longwood...

—¿Qué más? —preguntó Fallon—. Siga, Caper.

—De cuando en cuando, me daba instrucciones. Tuve que enviarle a dos de mis amigos...

—Beach y Cook. ¿Se lo ordenó él?

—Sí.

—Por teléfono, claro.

Caper asintió.

—Seguro que también le dijo que trajera a un asesino profesional, ¿no es cierto?

—Sí.

—Esa persona que le daba órdenes, ¿es hombre o mujer?

—No lo sé, nunca he conseguido saberlo. Tiene una voz rara y lo mismo puede ser un hombre que una mujer.

Caper estaba abatidísimo, observó el detective. Tal vez había venido a Sealake con intenciones honradas, pero el chantajista le había obligado a desviarse de su camino... o bien podía caber igualmente que no lo hubiese lamentado demasiado.

—De modo que él se comunica siempre con usted por teléfono —dijo el detective.

—Menos ahora, que me envió las instrucciones por correo.

—¿Conserva el sobre? —preguntó Fallon esperanzadamente.

—No, lo rompí, claro. Ni siquiera sé por qué guardé este mensaje...

Fallon hizo un gesto de aquiescencia.

—Fue una buena idea —calificó—. Caper, usted tiene mal dos cosas: la muerte de O'Hara y el intento de asesinato de Laura Samder. Esto le va a costar un pico, créame.

Caper no dijo nada. Había perdido la moral por completo.

Fallon se acercó al teléfono, lo levantó y marcó el número de la policía.

* * *

Erksdale leyó con sumo interés el mensaje en que se ordenaba dejar el rifle y luego miró a Su amigo.

—Este es un detalle importante—dijo—. Lástima que no se haya conservado el sobre, Ross.

Fallon sacudió la ceniza de su cigarrillo sobre el cenicero.

—Lo mismo pienso yo, pero no se puede hacer nada ya, Weddon —contestó.

—Pero esta carta puede darnos una pista, ¿no crees?

Fallon hizo una mueca.

—Ha podido escribirla en tantos sitios... Ya sabes que hay establecimientos donde se alquilan máquinas de escribir o donde una persona puede entrar y despachar sus asuntos personalmente o bien incluso pidiendo una mecanógrafa... en la oficina de un hotel, de una estación de gasolina, de un parador de la carretera... Cualquiera puede pedir el favor de usar una máquina para escribir una carta, Weddon. Los medios son infinitos, créeme.

El fiscal movió la cabeza afirmativamente.

—Sí, Ross, tienes razón —contestó—. Pero, en medio de todo, puede servir de prueba.

—Si encuentras al asesino y le arrancas el sitio donde escribió la nota, desde luego. Bien, Weddon, voy a continuar trabajando, si no tienes inconveniente.

Erksdale sonrió.

—Al contrario —dijo—. Lo que quiero es que sigas hasta el final. Creo que hice una buena elección al contratarte como investigador, Ross.

Fallon salió a la calle. ¿Cuál sería su siguiente paso?, se preguntó.

Por un momento, pensó en ir a ver a Laura, pero desistió. Lo mejor, se dijo, era ir a su oficina y despachar el correo de los últimos días, bastante desatendido con la muerte de Norma Bibbs.

Un cuarto de hora más tarde, abrió el buzón y sacaba un puñado de cartas. Subió a su despacho, se sentó tras la mesa, sacó una plegadera y empezó a abrir cartas.

De repente, encontró una que llamó especialmente su atención. La carta decía:

Le llamaré hoy por teléfono. Espere en su despacho. Naturalmente, no le indico la hora. ¿Comprende por qué?

Fallon se percató de un detalle: aquella carta y la que le había enseñado Caper estaban escritas con la misma máquina.

* * *

El timbre del teléfono estalló de repente, sobresaltando a Fallon, que se había quedado adormilado en el sillón, después de largas horas de espera. Levantó el aparato y lo acercó a su oreja.

—Habla Fallon —dijo.

—¿Cómo está, investigador? —La voz era suave y bien modulada, pero como había dicho Caper, no se podía identificar el sexo del que hablaba—. Ha recibido mi carta, supongo.

—En efecto, señor... o señora...

Sonó una ligera carcajada.

—Dejemos a un lado mi personalidad, Fallon—dijo el desconocido—. Hablemos de otras cosas. De negocios, por ejemplo.

—Bien, adelante, le escucho.

—Usted es un hombre que trabaja para ganarse la vida.

—Es el sino común a todos los humanos, amigo —contestó Fallon.

—Bien —dijo el desconocido—, yo voy a aliviar un poco sus problemas económicos. ¿Qué haría usted con diez mil dólares?

—Muchas cosas, por supuesto.

—Entre ellas, abandonar el caso... mejor dicho, orientarlo hacia un callejón sin salida.

—Usted se refiere a la muerte de Norma Bibbs.

—Sí, pero más bien a las otras muertes.

—No le interesa que se investiguen.

—A decir verdad, no.

—Hablando claro, lo que quiere es asegurarse el pellejo.

—Exactamente.

—Bien, pero, ¿cómo recibiría yo los diez mil dólares?

—Entonces, ¿acepta?

—Sólo he preguntado cómo recibiría el dinero —puntualizó el investigador.

—¡Qué cosas tiene! Billetes pequeños, naturalmente; en un paquete por correo.

Fallon meditó un momento. El desconocido llamó de nuevo.

—¿Me escucha usted? ¿Por qué no contesta?

—¿Quiere que le diga una cosa, amigo... o amiga?

—Sí, ¿de qué se trata?

—Usted tiene miedo.

Se produjo otra pausa en el diálogo. Fallon esperó.

—No tengo miedo —dijo al cabo el desconocido.

—Pero quiere evitarse incomodidades.

—Es una definición muy acertada de mis propósitos.

—En resumen, que quiere que sus crímenes queden impunes.

—¿No lo querría usted, si se encontrara en mi caso?

—Dudo mucho de que pueda suceder eso que usted dice, amigo.

—Está bien. Fallon, deme su respuesta de una vez. Sí o no. Ya no admito más dilaciones.

—No habrá dilaciones. La respuesta es negativa.

—Casi me lo esperaba, a decir verdad. Es usted repugnantemente honrado y me resulta simpática, a decir verdad... pero también muy peligroso. —Hubo una ligera, pausa y luego el desconocido dijo—: Señor Fallon, voy a iniciar la cuenta atrás.

—¿Cómo? —respingó el detective.

La voz del desconocido sonó fría, inflexible:

—Diez... nueve... ocho... siete...

El investigador creyó comprender. No se entretuvo en buscar por ninguna parte sino que se levantó de un salto y echó a correr como un loco. Entró en su dormitorio, se lanzó de cabeza al otro lado de la cama, agarró el colchón y las demás ropas y se lo echó todo por encima.

Un segundo después, sonó la explosión, tremenda, ensordecedora. Fallon creyó que la casa volaba en mil pedazos.

Capítulo XI

—TE has salvado de buena, Ross —dijo el fiscal, contemplando con no poco asombro el espectáculo del despacho, convertido en una ruina después de la explosión.

—Todavía tengo el susto metido en el cuerpo —contestó Fallon.

Algunos policías trataban de ordenar un poco el desastroso aspecto del despacho. Las paredes aparecían acribilladas por la metralla y la mesa estaba literalmente hecha astillas, así como el sillón.

El capitán Loss vino con un trozo de metal en la mano.

—Restos de la bomba —dijo—. Su apariencia es idéntica a la que explotó en casa de Norma Bibbs.

Erksdale miró a su amigo.

—Entonces ya sabes quién puso la bomba —dijo.

—Sí, pero hay algo que me tiene desconcertado —contestó Fallon.

—¿Qué es? —preguntó el capitán Loss.

—La misma explosión. ¿Por qué Warren iba a repetir la operación, sabiendo que ello podía delatarle?

—Es extraño, en efecto —convino el fiscal—. ¿Te has formado alguna opinión al respecto, Ross?

—Sólo una cosa me parece aceptable, Weddon: le forzaron a hacerlo.

Erksdale levantó las cejas.

—¿Lo crees así?

—Casi estoy seguro, pero no hay más que una forma de comprobarlo y es interrogándole personalmente —contestó Fallon.

Y sin más, se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir, el fiscal le llamó de nuevo:

—¡Ross!

El detective se volvió.

—¿Sí, Weddon?

—Dime una cosa, Ross —pidió Erksdale—. La bomba explotó porque tú no aceptaste el soborno. Indudablemente, además, el que te llamó por teléfono, lo hizo pocos minutos antes de la explosión, conociendo la hora en que ésta se iba a producir.

—Sí, es cierto —admitió Fallon.

—Pero, ¿qué habría pasado si tú hubieras dicho que aceptabas?

Porque hasta que empezó la cuenta...atrás, no sospechabas la existencia de la bomba.

—Bien —contestó Fallon—, en ese caso, opino que mi comunicante me habría advertido de la bomba y entonces, o bien yo la habría desarmado o me habría protegido convenientemente.

—Cosa que hiciste, de todos modos.

—Oh, estoy seguro de que él pensaba que yo me quedaría perplejo, preguntándome por qué contaba diez segundos, lo que haría que yo estuviese todavía sentado en el momento de la explosión.

—Pero reaccionaste rápidamente —sonrió Erksdale.

Fallon suspiró.

—Pobre de mí si no lo hubiera hecho —contestó. Fue a tirar de la puerta, pero se quedó con el pomo en la mano, lo que le arrancó una sonrisa—. El piso ha quedado hecho un asco —comentó jovialmente.

* * *

Oliver Warren se paseaba nerviosamente por la biblioteca de su lujosa mansión cuando le anunciaron la visita del investigador. Warren detuvo sus paseos y se situó junto a la mesa.

Fallon entró en la estancia. Los dos hombres se contemplaron en silencio durante unos momentos.

—Ya sé a qué viene usted—dijo Warren.

—Esto me facilitará las cosas —contestó Fallon—. Fue usted—añadió.

Warren asintió pesadamente.

—Sí —dijo con voz sorda.

Fallon sacó cigarrillos.

—Deme uno —pidió el comerciante.

Warren aspiró el humo con evidentes gestos de nerviosismo.

—¿Qué me pasará ahora? —preguntó.

—Depende —contestó Fallon.

—¿De qué?

—De sus ganas de colaborar con la justicia. A fin de cuentas, el crimen no ha sido consumado.

Warren fumaba muy rápidamente.

—De todas formas, será un gran perjuicio para mí —dijo.

—¿Por qué accedió? —quiso saber Fallon.

El comerciante rió con amargura.

—¿Por qué accedí? Y, ¿qué otra cosa podía hacer? —contestó.

—Vamos, vamos, no me diga que usted, un tipo de indudable energía, no pudo sustraerse a las presiones del asesino. ¿Qué le dijo?

—Me llamó por teléfono hace días y me ordenó preparar otra bomba como la que explotó en casa de Norma Bibbs.

—¿Nada más?

—La bomba debía llevar, naturalmente, un reloj pero estaría parado. Él le daría cuerda y le marcaría la hora de la explosión.

—Y usted lo hizo.

Warren se encogió de hombros.

—¿Por qué? —insistió Fallon.

—Él me dijo que era mi seguro de vida —declaró Warren.

—Es decir, que la construcción de la bomba serviría para que el asesino se olvidara de usted.

—Si.

—Debiera haberse puesto en contacto conmigo —dijo Fallon con acento de severidad— Esto habría simplificado mucho las cosas, créame.

Warren se encogió de hombros.

—Ahora, ya, tanto da —dijo desanimadamente.

—Bien, averigüemos otra cosa. Usted construyó la bomba y... ¿qué pasó después?

—Él me dijo que la dejase en el tercer tocador de señoras de la estación de autobuses, dentro de una cartera de mano. Eso es todo.

—¿Cuándo?

—Hace tres días.

—¿Le costó mucho preparar la bomba?

Warren sonrió amargamente, mientras aplastaba el cigarrillo contra un cenicero.

—¿Qué se cree?; Todavía tengo experiencia —contestó.

—¿A qué hora dejó la bomba?

—Después de las doce, pocos minutos más tarde, pero antes de las doce y cuarto. Fue la hora en que él me lo indicó.

—Y luego se marchó.

—Sí, me ordenó que abandonara la estación apenas hubiera dejado la cartera.

—Lo que significa que no lo vio.

—Exacto.

—Tal vez él estaba allí espiándole, pero al no conocerle usted, no pudo saber cómo era el que le llamó por teléfono.

—Así es —corroboró Warren. Miró al detective-ansiosamente—. ¿Qué hará ahora, señor Fallon? Si es por cuestión de dinero...

Fallon sacudió la cabeza.

—El asunto ya no está en mis manos —dijo—. Ha pasado a las del; fiscal.

Warren agachó la cabeza.

—Será mi ruina —murmuró.

—Podía suponerse, desde el momento en que aceptó obedecer la orden del asesino —contestó Fallon con severidad.

—Sí, claro, pero... ¿qué quería que hiciese? Se trataba de mi vida, ¿comprende?

Fallon hizo un gesto de aquiescencia.

—Lo comunicaré al fiscal —manifestó—. La decisión queda ahora en sus manos.

—Esa mujer... —dijo Warren rabiosamente—. Incluso después de muerta sigue siendo un mal bicho.

Se pasó la mano por los labios resecos.

—Tengo sed —masculló—. ¿Quiere beber, Fallon?

El investigador contestó negativamente con la cabeza.

Warren se acercó al aparador, tomó una botella y llenó una copa, cuyo contenido despachó de un trago.

—Cuando este asunto, haya terminado, liquidaré mis negocios y me marcharé de esta maldita ciudad —dijo—. Por fortuna, creo que ella me comprenderá y...

—¿Ella? ¿Quién es?

Warren se encogió de hombros.

—No tiene relación alguna con este sucio asunto —contestó—. Pero le diré el nombre... Si he callado; es porque su estado de salud es bastante delicado y las emociones no le convienen... Yo > la quiero, a pesar de todo y aunque le parezca ridículo; señor Fallon. Sí, ya sé que tengo mis defectos, pero ella es muy buena y... Bueno, ahí va el nombre. Se llama Elyanne Meeker, señor Fallon.

El investigador se quedó de una pieza, petrificado por el asombro. Pero antes de que pudiera decir una sola palabra, Warren lanzó un agudo grito, a la vez que se llevaba ambas manos al estómago.

—¡Oh! —gritó—. ¿Qué diablos tiene este maldito licor? ¡Me está abrasando el estómago...!

Fallon se alarmó. El aspecto de Warren era horroroso.

—Me abraso... —gimió el comerciante.

Fallon corrió hacia el teléfono. Un médico era lo apropiado en aquel momento, se dijo. Pero cuando vio que Warren caía al suelo, revolcándose espantosamente, mientras él hablaba por teléfono, dudó de que el médico llegase a tiempo para salvarle la vida.

* * *

—Hace cuatro días usted estaba de servicio nocturno en la estación —dijo el detective.

—En efecto, así es, señor Fallon —contestó el hombre con quien hablaba el investigador.

—Muy bien, señor Quesada —siguió Fallon—. Vamos a ver si recuerda lo que sucedió desde las doce de la noche.

Fallon sacó un periódico en el que se veía el retrato de Warren, complementando gráficamente la noticia de su muerte por envenenamiento.

—Usted tuvo que ver a este individuo —añadió.

—Sí, me acuerdo muy bien —contestó el vigilante.

—¿Se fijó si llevaba una cartera de mano?

—Creo que sí... Sí, señor, ahora lo recuerdo perfectamente —confirmó Quesada.

—¿Qué hizo después?

Quesada se encogió de hombros.

—Ya no puedo decir tanto —contestó—. Le vi en la estación y luego yo tenía otras cosas que atender. No puedo decirle qué hizo después, señor Fallon.

Era lógico, pensó el investigador. Un vigilante no podía permanecer continuamente encima de una persona a menos que le indicasen se trataba de un sospechoso y no era el caso de Warren.

Además, y lo había comprobado, alrededor de las doce de la noche se producían un par de llegadas y salidas de los autobuses de larga distancia. Siempre había movimiento de personas en aquellos momentos.

—Muy bien —continuó—. Señor Quesada, dígame si vio después a alguna persona, hombre o mujer, que llamase especialmente su atención y que, además, llevase en la mano una cartera negra como la que trajo el señor Warren.

El vigilante se concentró en sí mismo.

—¿Ha dicho hombre o mujer? —preguntó—. ¿Y una cartera negra? ¿No será, por casualidad, la que encontraron al día siguiente abandonada y vacía en los lavabos de señoras?

Fallon se puso rígido.

—¿Dónde está esa cartera? —preguntó.

—Debe de guardarla el gerente —respondió Quesada—. Hay un almacén para objetos perdidos o abandonados.

El cálculo era fácil, se dijo Fallon. La persona que había recogido la bomba no había cometido el error de llevarse la misma cartera de mano, sino que había extraído el artefacto de su interior, cambiándolo a otra cartera distinta o a una bolsa de mano.

Más tarde encontraría la cartera, se dijo. Ahora tenía algo más importante entre manos.

—Señor Quesada, ¿qué me dice de ese hombre o mujer que pudieron

llamar su atención después de las doce y cuarto de la noche?

El vigilante volvió a reflexionar.

—No puede ser más que ella —dijo.

—¿Quién? —preguntó el investigador esperanzadora— mente.

—Una dama de cierta edad, con pelo casi blanco, muy distinguida, pero ya algo anticuada en la indumentaria. Usaba bastón y parecía tener dificultad al andar. Llevaba un gran bolso de mano, en eso sí me fijé.

—¿A qué hora?

—Alrededor de las doce y media, más o menos, señor Fallon:

—Una dama de cierta edad... —repitió el investigador.

—Sí, y hasta reumática, diría yo. Le costaba un poco andar y se apoyaba mucho en el bastón. Le dije que si podía ayudarla en algo, pero casi se ofendió. «¿Me toma por una vieja inútil?», preguntó. —Quesada soltó una risita—. Una mujer muy orgullosa, señor Fallon.

—Seguro. Y fue al tocador de señoras.

—Sí, señor. Estuvo unos minutos, salió y se fue.

—¿Con qué medio de transporte?

—En su coche, y eso sí que me extrañó.

—Bueno, mover un volante y unos pedales no es tan difícil—dijo Fallon.

—¿Para un reumático? Según como tenga las articulaciones de las piernas, señor Fallon. Pero el hecho es que se fue en su automóvil.

—¿Se fijó en la matrícula?

Quesada se encogió de hombros.

—Lo había estacionado en un sitio apartado. Podía verlo en sombras, pero nada más. Ni siquiera me acuerdo del color; lo único que puedo decirle es que no era negro.

Fallon sonrió. Sacó un billete y lo puso en la mano del guarda.

—Ha sido usted muy amable, señor Quesada —agradeció.

Quesada se llevó un dedo a la visera de su gorra de uniforme.

—Gracias, señor Fallon.

* * *

—El asesino, ¿es una mujer?

Laura se inclinó para llenar la taza de café del investigador.

—¿Qué le hace suponer tal cosa? —preguntó.

—No puedo afirmar nada en un sentido u otro —contestó Fallon—. El problema estriba en las llamadas telefónicas. Por teléfono, la voz no indica el sexo.

—Probablemente, la disfraz —apuntó Laura, sentándose junto a su visitante.

El policía de vigilancia estaba en la salita contigua, junto a la puerta de entrada.

—Eso tuvo que ser —convino él—, porque cuando me llamó a mí, tampoco hubiera podido asegurar si se trataba de un hombre o de una mujer. Puede ser una mujer con la voz muy grave... o un hombre con la voz algo enflautada.

Laura sonrió.

—Sí, se presta a confusiones —admitió—. Ross, usted tuvo suerte al escapar con vida del atentado.

—Todavía se me ponen los pelos de punta cuando lo recuerdo —confesó él—. El asesino debió de divertirse muchísimo cuando oyó el estampido por teléfono.

—Usted sabía qué le iba a llamar. ¿Por qué no se puso de acuerdo con el capitán Loss para localizar el teléfono?

—¿Cree que no lo hice? Incluso alargué la conversación para dar tiempo a que localizasen el teléfono, pero cuando eso sucedió, el asesino había desaparecido ya. Llamó desde una cabina telefónica situada en un lugar apartado, al oeste de Hillcrest. Hay muchas residencias por aquellos parajes, pero están bastante separadas entre sí. Nadie vio ni oyó nada, Laura.

—Sí, resulta desanimador —reconoció ella—. ¿Se sabe algo acerca del veneno que causó la muerte a Warren?

—Ácido prúsico —contestó Fallon.

Laura se estremeció.

—Ese hombre no tiene entrañas —dijo.

—¿Ese hombre... o Norma Bibbs?

—Norma murió. Alguien quiso gastarnos esa macabra broma... pero yo no comprendo los motivos exactamente, Ross.

—Diríase que se trata de una venganza —murmuró el investigador con acento pensativo—. De los cuatro que intentaron matarla...

—Recuerde que yo fui sólo a intimidarla, que no es lo mismo —corrigió Laura.

—Bien, entonces pensemos en los tres que han muerto, pero ellos sí que hicieron los posibles por matarla; porque O'Hara le lanzó gas al rostro; Meg le pegó un tiro y Warren preparó la bomba. ¿No le parece como si la muerte se hubiese vengado de esos intentos de asesinato?

—Es como para pensar que lo sabía y dejó instrucciones para que alguien la vengase en su nombre.

—Se podría pensar, pero yo, en su lugar, habría procurado cuidarme más —dijo Fallon.

—Y, sin embargo, ella ya estaba muerta. Un ataque al corazón... pero sólo se pudo producir por una impresión demasiado fuerte, ¿no cree?

—Laura —dijo el detective, mirándola fijamente—, ¿estamos seguros de que la mujer que murió allí era Norma Bibbs?

Los ojos de la muchacha se desorbitaron al escuchar aquellas palabras. Durante unos segundos mantuvo la vista fija en el rostro del detective, como si no acabase de captar por completo el significado de la pregunta.

Capítulo XII

—¿No... no era Norma Bibbs? —balbuceó Laura, tremendamente desconcertada.

—¿La conocía usted personalmente?

—No, aunque la había visto alguna vez.

—En una visita a su casa, anterior a la muerte, por lo menos.

Laura asintió en silencio.

—Por lo tanto, la segunda vez que fue, cuando trataba de intimidarla, tuvo que reconocerla —continuó Fallon.

Laura se puso ambas manos en las sienes, como si tratase de forzar su memoria.

—El despacho, aun siendo de día, estaba casi a oscuras— respondió con voz insegura—. La poca luz que entraba venía de la ventana y aun así, estaba la persiana bajada. Yo la vi a contraluz...

—Pero le pareció que se reía de usted.

—Sí, es cierto. Noté entonces algo raro en su cara, pero yo no podía pensar en aquellos momentos que no fuese Norma Bibbs. Estaba en su despacho... y su figura era muy parecida...

—En la penumbra y con nervios, cualquiera puede engañarse, ¿no?

—Sí. Reconozco que estaba tremendamente excitada. Hablando claro, era una vulgar y repugnante chantajista.

—Que le quería sacar dinero a usted.

—Sí.

—¿Por qué?

Laura se levantó impulsivamente, fue a una consola, abrió un cajón y sacó una fotografía, que tendió al detective.

Fallon estudió la fotografía. Laura estaba en un parque público, arrodillada junto a un niño de un par de años.

—Ésta es la causa —dijo.

—¿Suyo? —preguntó Fallon.

—No, es de mi hermana. Pero Norma consiguió una copia. Me dijo que quién iba a creer que no era mi hijo, máxime teniéndolo en una institución benéfica.

—¿Por qué no está el niño con su madre?

—Murió al nacer él —contestó Laura tristemente—. Tuve que dejarlo

en esa institución; yo no podía atenderlo o no habría podido ganarme la vida. Pero sé que es un sitio estupendo donde, salvo el calor de las madres, los niños no echan nada de menos. Cuando sea un poco mayor, se vendrá a vivir conmigo.

—De modo que Norma le amenazó con publicar la fotografía.

—Eso no es todo —dijo Laura—. Cuando yo le rogué que no lo hiciera, Norma me pidió dinero. Le dije que no poseía la cantidad que me exigía y ella contestó que el director de *Teleview* me daría el dinero con mucho gusto, imagínese usted a cambio de qué.

Fallon movió la cabeza.

—Sí, me lo imagino —contestó.

—Norma y el director de *Teleview* eran tal para cual. Ya no trabajo para esa revista—declaró Laura.

—Y usted fue a verla...

—Para meterle el miedo en el cuerpo. Norma era una mujer cobarde en el fondo; ya sabe usted lo que le sucedió con la dueña del Longwood Riviera.

Fallon se echó a reír.

—¿Cómo? ¿Conoce el incidente?

—Estaba presente la noche en que Matthia estampó una tarta en la cara de Norma y luego la echó a puntapiés. Matthia es una mujer de mucho genio y la lección fue suficiente para Norma. Ya no volvió a molestar a Matthia.

—Entonces, usted pensó que podía hacer algo por el estilo.

—Sí, justamente, Ross.

Fallon se echó hacia atrás en el diván.

—La plegadera se le cayó de la mano cuando vio muerta a Norma —dijo como si hablara consigo mismo—. Cuando se produjo la explosión, la metralla causó algunos cortes en el pecho de Norma, uno de los cuales podía ser confundido con la herida causada por un puñal. Incluso la plegadera tenía alguna mancha de sangre, porque la sangre no se había coagulado aún por completo...

Laura escuchaba en silencio. Después de unos instantes de pausa, Fallon prosiguió:

—O'Hara arrojó gas al rostro de Norma. No estuvo allí demasiado tiempo; sólo lo justo para hacer «puf, puf, puf» y largarse. Como, además, iba bien protegido contra las emanaciones del cianhídrico, resulta comprensivo que no se fijase demasiado en que Norma ya estaba muerta y, además, le debió de pasar lo mismo que a usted.

—Había mucha penumbra, casi oscuridad —insistió Laura.

—Sí, y luego Meg Peyroo fue por detrás, levantó la persiana y le pegó un tiro. La bala causó una sacudida en el cuerpo de Norma y la arrojó sobre la mesa. Así la sorprendió el estallido de la bomba.

Fallon repitió análogas deducciones en el despacho del fiscal. Erksdale le escuchó con gran atención y se mostró acorde por completo con los razonamientos de su amigo.

—Entonces nos queda la duda de si fue o no Norma Bibbs quien murió aquel día —dijo el fiscal.

Fallon hizo un gesto.

—No puedo asegurar nada —contestó—. Parece como si viera una lucecita a lo lejos, en un túnel, pero todavía a gran distancia para captar los detalles con absoluta claridad. Weddon, ¿qué sabes del veneno que mató a Warren? —preguntó de repente.

—¿Eh? Ah, sí, bueno, ácido prúsico...

—Eso ya lo sé —contestó Fallon—. Lo que ignoro todavía es cómo fue puesto en la botella.

—La biblioteca de Warren da a un jardín. Tú estuviste allí. Cualquiera pudo haberse introducido en su casa y poner el veneno en el licor.

—¿Y cómo no advirtió Warren el sabor del ácido prúsico?

—¿No dices tú que se bebió la copa de un trago?

—Sí —convino el investigador—. Dijo que tenía sed...

—Norma Bibbs ha cumplido su venganza, aun después de muerta —expresó el fiscal con fúnebre acento.

—Weddon, ¿de veras crees tú que ha sido Norma la autora de todas esas muertes?

—Por supuesto que no —respondió el fiscal vivamente—. Era sólo una frase. Alguien estaba enemistado con esas tres personas muertas y aprovechó la ocasión para... bueno, despistar a la policía, ¿no crees?

—El asesino es un psicópata que busca notoriedad. Tenía motivos de resentimiento contra los muertos y el asesinato de Norma le vino al pelo para llevar a cabo su venganza.

Fallon se puso en pie.

—¿Te vas? —preguntó el fiscal.

—Sí, tengo que hacer todavía una visita.

De pronto, Fallon reparó en un objeto que le pareció extraño.

—Weddon, ¿desde cuándo usas bastón? —preguntó.

Erksdale, se echó a reír, a la vez que miraba al bastón que estaba apoyado en un rincón de la estancia.

—Lo tengo ahí desde el año pasado, cuando me torcí el tobillo. Sin duda lo recuerdas, Ross.

—Es cierto —contestó Fallon, sonriendo—. Bien, seguiré teniéndote al corriente de mis investigaciones.

Fallon abandonó la casa donde vivía el fiscal, en cuyo despacho había tenido lugar la entrevista. Subió a su automóvil y, sin pensárselo dos veces, se encaminó a otra casa, donde semanas antes una mujer había sido muerta por varias personas.

Pero sólo una de aquellas personas era el asesino.

* * *

La expresión de la señora Garrett no tenía nada de amistosa cuando vio al detective parado ante la puerta de la residencia.

—¿Qué es lo que quiere ahora? —preguntó.

—Hablar con usted, señora Garrett —expresó Fallon cortésmente.

—No tenemos nada de qué hablar usted y yo —dijo la mujer con marcado acento de hostilidad—. Váyase inmediatamente.

—No tan deprisa, señora—dijo Fallon—. Si me marchó, volveré con el fiscal y el capitán Loss.

—Llamaré a mi abogado...

—Es su derecho, pero contestará a mis preguntas.

La mujer apretó los labios.

—Está bien, pase, pero perderá el tiempo.

—Veremos —dijo Fallon.

Entró en la casa. El ama de llaves se detuvo a los pocos pasos, con las manos en el alda, rígida, impasible.

—Hable —invitó secamente.

—Se trata de Norma Bibbs —dijo Fallon.

—Murió. ¿Acaso lo ha olvidado? —contestó la señora Garrett con amarga ironía.

—¿Murió? ¿Está usted segura de ello?

—Vamos, no me diga que...

—Señora Garrett, ¿por qué sigue usted cuidando de la residencia?

—¿Hay motivos para dejarla abandonada?

—Alguien le pagará su sueldo, ¿no?

—Los bienes de la señora Bibbs están bajo administración judicial, hasta que aparezcan sus herederos. Tenía dinero en el Banco y de ahí percibo yo mis honorarios.

—Muy bien, una explicación lógica. Ahora, por favor, dígame quién fue la mujer que vino a visitar a Norma Bibbs el día de su muerte y poco antes de la explosión. Una hora u hora y media, aproximadamente.

—Nadie, no vino nadie —contestó el ama de llaves.

—Señora Garrett, no me haga usted reír —dijo Fallon de mal talante—. Antes que la señorita Samder, vino otra mujer y usted lo sabe. Pero eso no es todo. ¿Dónde estaba usted cuando llegó la señorita Samder?

—Era mi día libre —respondió la mujer.

—¿Sí? ¿Seguro? ¿Cuántos días libres tiene usted a la semana?

El ama de llaves vaciló.

—Le había pedido a la señora Bibbs que me dejase salir aquel día, cambiándolo por el de costumbre. Tenía cosas que hacer y ella no encontró obstáculos —contestó.

—¿A qué hora se fue de la casa?

—A la una en punto.

—Un poco pronto para una salida de día libre, ¿no?

La señora Garrett alzó los hombros indiferentemente.

—Ya le he dicho que tenía cosas que hacer...

—Yo juraría que hizo algo muy distinto, señora Garrett: estar aquí, en la casa, probablemente en otra habitación, acompañando a una visitante de la señora Bibbs, mientras ella hablaba con Oliver Warren.

La cara del ama de llaves se puso gris.

Fallon sonrió. Su disparo había hecho diana.

—Tendrá que acompañarme —dijo.

Hubo un momento de silencio. De repente, el ama de llaves metió la mano en el bolsillo derecho de su bata.

Fallon adivinó sus intenciones y saltó hacia ella, apoderándose de su mano derecha. La señora Garrett chillaba como una poseída, esforzándose por soltarse del detective. Al fin, Fallon adoptó el procedimiento más expeditivo y disparó su puño derecho.

La señora Garrett dejó de moverse. Fallon la cogió en brazos y la depositó sobre un diván próximo.

Luego se acercó al teléfono y marcó el número que le pondría en contacto con el capitán Loss. A continuación llamó al doctor Cruyshank.

Momentos más tarde, oía la voz del cardiólogo.

—¿Doctor Cruyshank? —dijo Fallon—. Estuve hace unos días a visitarle para pedirle informes acerca de una receta médica... Soy Ross Fallon, investigador... Gracias por recordarme, doctor. En aquel momento olvidé un detalle. Sí, se trata de la dirección de Elyanne Meeker. Confío en que usted la tenga en su agenda...

—Por supuesto—contestó el médico—. Aguarde un momento, se la daré enseguida... La señora Meeker vive en Glendale, en el número doscientos setenta y tres del Sierra Boulevard...

—Muchas gracias, doctor. Es cuanto quería saber. Perdona la molestia y... Adiós, doctor Cruyshank.

Capítulo XIII

ERA de noche cerrada cuando Fallon detuvo su automóvil en las inmediaciones de la casa de Elyanne Meeker. Saltó a la acera y caminó pausadamente hacia el número doscientos setenta y tres.

Las luces estaban encendidas. Fallon empujó la puertecita del jardín y cruzó el sendero enarenado, hasta llegar a las cercanías de la fachada.

El edificio era más bien modesto, pero de buena construcción y una sola planta. Hacía una excelente temperatura y, a través de una de las ventanas abiertas, salía el sonido de las teclas de una máquina de escribir, golpeando con notable rapidez.

Fallon estuvo contemplando unos momentos a la mujer, cuyo rostro no podía ver por hallarse de espaldas a él, absorta en su tarea. Al cabo de medio minuto, optó por dar la vuelta a la casa y buscar la puerta posterior.

Actuó sin hacer ruido y entró en la cocina. Pasó al saloncillo anterior y procuró orientarse por el débil tableteo de la máquina de escribir.

Se acercó a una puerta y la abrió cosa de dos centímetros. A través de la rendija vio a una mujer de unos treinta y siete años, más bien rolliza, medianamente atractiva y de pelo negro, muy afanada en su tarea.

Junto a la máquina había unas grandes gafas negras. Fallon terminó de abrir la puerta y se recostó en el marco, a la vez que cruzaba los brazos.

Esperó unos momentos. De pronto, la mujer pareció darse cuenta de que no estaba sola en la habitación.

Lentamente, volvió la cabeza y le miró. Luego, reaccionando de un modo repentino, agarró las gafas y se las puso.

—¿Quién es usted? —preguntó con voz chillona—. ¿Qué es lo que busca en mi casa? ¡Váyase inmediatamente o llamaré a la policía!

Fallon permaneció todavía inmóvil unos instantes. Luego se acercó a la mesa y tomó un puñado de cuartillas mecanografiadas, simulando que iba a leerlas. Ella se las arrebató de golpe, furiosamente.

—¡Deje eso! ¡No le importa en absoluto lo que estoy escribiendo!

—¿Acaso son sus memorias, Norma Bibbs?

Aun con las gafas que ocultaban casi la mitad de su rostro, Fallon pudo ver que la cara de la mujer se ponía gris.

—¿Qué... cómo está diciendo? Soy Elyanne Meeker

—contestó ella atropelladamente—. Jamás he oído hablar de Norma Bibbs...

Fallon agarró una de las cuartillas escritas, la dobló tranquilamente y se la guardó en el bolsillo sin siquiera leerla.

—Los expertos compararán las muestras de esta máquina con la de los mensajes amenazadores que recibieron cuatro personas —dijo—. Se puede identificar a una máquina de escribir por la impresión de sus tipos, con tanta seguridad como se identifica a una persona por sus huellas dactilares. Usted es una persona inteligente, Norma, y no puede ignorar un dato semejante.

Los labios de la mujer temblaron. Fallon retrocedió un par de pasos y la contempló especulativamente de pies a cabeza.

—Sí —dijo—, su tipo y complexión son prácticamente idénticos a los de Elyanne Meeker. Incluso la ligera redondez de su cara, especialmente la mitad inferior, aunque los rasgos no sean idénticos. Pero en la penumbra y a contraluz y para una persona nerviosa, la confusión puede resultar fácilmente posible. ¿Me equivoco al suponer que usted calculó que así sucedería, señora Bibbs?

Norma se arrancó las gafas de un tirón y miró al detective con ojos llameantes.

—Bien, y aunque así sea —exclamó rabiosamente—. ¿De qué modo me va a relacionar usted con la muerte de Elyanne Meeker?

—Déjeme especular un poco —pidió el investigador—, Usted estaba celosa de Elyanne. Le gustaba Oliver Warren, pero, más que nada, le gustaba su enorme fortuna. Intentó comprometerlo con una fotografía nada edificante, ¿lo recuerda?

Norma alzó la barbilla orgullosamente.

—Era un sátiro. Intentó... bueno, quiso propasarse conmigo...

Fallon soltó una carcajada.

—¿Quién Warren? Vamos, Norma, no diga tonterías. Usted ya es una mujer madurita y aunque no carece de atractivos, no son suficientes para arrastrar a un hombre como Warren, que podía elegir perfectamente entre las hermosas y jóvenes discípulas de Meg Peyroo.

Pero independientemente de lo que he dicho, estaba Elyanne Meeker.

»Sí, así como lo oye. Un hombre puede buscar algo de diversión en los ambientes adecuados, pero a última hora, siempre quiere volver al hogar, al efecto seguro y reposado de una mujer que le quiera y le entienda. Para Warren, esa mujer era Elyanne Meeker.

Norma crispó los puños.

—Todo eso no son más que fantasías absurdas...

—Nada de fantasías —aseguró el investigador—. Realidades ciertas y

comprobables. ¿Cómo logró que Elyanne acudiera a su casa el día en que murió Norma Bibbs? ¿Tal vez le propuso una entrevista para solucionar el problema pendiente entre las dos y que tenía el nombre de Oliver Warren?

»¿O la hizo venir para enseñarle esa fotografía comprometedora y destruir su posible matrimonio con Warren? Elyanne estaba en trance de conseguir el divorcio de su esposo y entonces se hubiera casado con Warren, que la amaba sinceramente. Pero eso la sublevaba a usted, ¿no es cierto?

—La odiaba —reconoció Norma.

—¿Lo ve? Ya es hora de que admita los hechos. La odiaba y, además, conocía su dolencia cardíaca. Come «chismosa» profesional, usted estaba enterada de muchos datos de la vida privada de infinidad de gentes y Elyanne no podía ser una excepción a la regla. ¿Cómo hizo para situarla ante su mesa de despacho después de que se hubo marchado Warren?

—Estaba muy excitada —dijo Norma sordamente—. Yo procuré ser amable y persuasiva con ella y la acompañé hasta mi despacho...

—Y ya sabía que Warren había colocado la bomba.

—Sí.

—¿Cómo supo que Warren intentaría matarla de ese modo? —preguntó Fallon.

—Me lo dijo una vez. Parecía hablar en broma, pero lo decía completamente en serio.

—Y usted sabía que era muy capaz de construir una bomba de relojería, porque había sido sargento de Zapadores en Corea.

—Efectivamente, así fue —admitió Norma.

—Pero corría el riesgo de que Elyanne se cansara de esperar en su despacho y usted sabía que iba a recibir la visita de otra persona, furiosa porque iba a revelar ciertos secretos que podían comprometer su situación. Estaba segura de que esa persona venía a matarla a usted y sabía que la impresión podía matar a Elyanne o, por lo menos, causarle un síncope, que la mantendría sin conocimiento durante bastante tiempo; el tiempo justo para que se produjese la explosión de la bomba con Elyanne ocupando su puesto. ¿Me equivoco?

—No, es cierto, salvo que yo no maté a Elyanne ni puse la bomba ni cometí ningún delito de que se me pueda acusar formalmente.

—¿Está segura de lo que dice? —sonrió el investigador.

—Absolutamente —contestó Norma con gran énfasis.

—Pero no contó con que otras personas intentarían matarla aquel mismo día, hartas de su intromisión en sus vidas y sus chantajes. Me refiero a Laura Samder y a Félix O'Hara. ¿En qué se basaba para extorsionar al escritor?

—Había conseguido el manuscrito de una de sus novelas más

celebradas. Era de otro escritor, no conocido todavía, y del que O'Hara se había apropiado tranquilamente, sin darle un solo centavo.

—Para O'Hara podía ser su ruina literaria, ¿no es cierto?

—Sí, claro.

—En cuanto a Meg Peyroo, no es preciso citar otros motivos. Todos lo saben.

—Era una...

—¿Era usted mejor?

Norma calló. Fallon recogió las gafas y se las entregó.

—Póngaselas —invitó—. Nos vamos.

—¿A Sealake?

—Sí, por supuesto.

Norma se encogió de hombros.

—Como quiera. No hay pruebas que puedan causarme una sentencia de ninguna clase —contestó.

—Veremos —respondió el investigador sibilinamente.

* * *

Weddon Erksdale abrió la puerta tras haber llamado y cruzó el umbral. Su sorpresa fue grande al ver en la estancia a varias personas.

—¡Ross! Me dieron tu aviso y... Pero, ¿qué hace tanta gente en tu casa? —exclamó, atónito.

—Pasa, pasa, fiscal —invitó Fallon de buen humor—. Creo que conoces a todos los presentes, ¿no?

—¿Qué tal, señor Erksdale? —saludó el capitán Loss.

Erksdale paseó su vista por los rostros de Laura, Norma y la señora Garrett. Junto a la puerta, tras él, rígidos e impasibles, los brazos cruzados, había dos agentes de uniformes.

—¡Norma! ¡Norma Bibbs! —exclamó el fiscal—. Parece imposible... ¡Está viva!

—Sí, Weddon —confirmó el investigador—. Está viva y dispuesta a facilitar muchos datos interesantes que nos aclaren el misterio de «su asesinato».

—Bueno, pero entonces, ¿quién era la mujer que murió en su casa?

—Elyanne Meeker. Tú no la conocías personalmente, Weddon, aunque ése es un detalle accesorio —contestó Fallon con acento intrascendente.

—¿Qué hace la señora Garrett aquí? —preguntó el fiscal—. ¿Cómo no me informó usted de su detención, capitán?

Loss hizo un gesto ambiguo.

—Fue un consejo del señor Fallon —contestó.

Erksdale volvió la vista hacia su amigo.

—¿Es una broma, Ross? —preguntó.

—Nada de broma, Weddon —contestó el investigador—. Aquí se debate un asunto muy serio. Nada menos que el asesinato de varias personas: Félix O'Hara, Meg Peyroo y Oliver Warren, además de la muerte de Elyanne Meeker.

—Muy bien, pues. Adelante, Ross —invitó Erksdale.

—Casi no hay mucho que decir y, sin embargo, son tantas cosas las que necesitan explicación... En primer lugar, Weddon, ¿quieres explicar por qué fuiste a casa de Norma el día de «su muerte»?

Erksdale se echó a reír.

—¿Yo? Estás bromeando, Ross —contestó.

—No, no bromeo, Weddon. Tú estuviste en casa de Norma el día en que tres personas fueron a visitarla sucesivamente después de tú y otra antes de que llegaste. La persona que visitó a Norma antes que tú fue Warren, quien abandonó la casa a la una y veintidós. Tú debiste de llegar alrededor de las dos y cuarto y te fuiste directamente a su despacho, con un revólver en la mano. Ibas a matarla, Weddon; ella te había amenazado con revelar un importante secreto tuyo... si no complacías sus peticiones económicas. ¿Me equivoco?

El fiscal estaba lívido.

—¡Qué cosas dices, Ross! —exclamó, riendo fingidamente.

—No, no miento, Weddon. Te fuiste como una bala a su despacho y entraste súbitamente. Había una mujer sentada tras la mesa. Se asustó terriblemente al verte. Creyó que la ibas a matar y sufrió un síncope que luego resultó mortal. Seguramente la increpaste duramente y acabaste por darte cuenta de que no era Norma Bibbs. Por eso diste media vuelta y te marchaste casi en el acto, ¿no es así?

Erksdale apretó los labios.

Fallon extendió la mano.

—Hable usted ahora, Norma —indicó.

—Después yo le llamé... ya se había producido la explosión, y le dije que seguía todavía viva y que mis exigencias continuaban en pie, pero que podíamos llegar a un acuerdo si hacía todo lo que yo le ordenaba —recitó Norma con voz monótona.

—No tenías el dinero que ella te pedía y tuviste que plegarte a lo que te exigía. Norma estaba furiosa con las que oficialmente le atacaron; las cosas le habían salido mal con ellos y decidió vengarse. Te ordenó que buscaras el medio de dar muerte a O'Hara y lo hizo El Lince, quien también trató de matar a Laura, pero falló en este caso. Los demás esbirros de Capen no tenían la categoría suficiente para planear un asesinato inteligente y tuviste que encargarte tú de Meg Peyroo, con el rifle que Capen dejó en el lugar que le indicaste, y de Warren, mediante

el veneno en su botella.

«Primeramente pensaste en cargar la muerte de Norma a alguno de los cuatro sospechosos. Por eso me elegiste a mí como investigador secreto, dando, al tiempo, ejemplo de eficiencia a la ciudad. Uno de los hombres de Caper fue el que lanzó la piedra con el mensaje a tu oficina, para que yo viera que había alguna maquinación por parte del asesino de Norma. Pero luego, cuando te enteraste de que Elyanne había muerto a consecuencia del susto que le diste y no por el puñal, el gas, la bala o la bomba, empezaste a pensar en quitarme de en medio.

»Los dos rufianes que intentaron apalearme fueron enviados por Caper a tu indicación. Finalmente, viendo que fallaron, ordenaste a Warren que preparase una bomba. Warren lo hizo y la dejó en la estación de autobuses.

Fallon abrió una bolsa y extrajo una peluca blanca y unos vestidos de mujer.

—El bastón de la anciana reumática que, sin embargo, conducía su coche; está en tu despacho, Weddon —dijo—; y nadie más que tú pudo entrar en mi despacho y preparar la bomba. Resultó un buen disfraz el de anciana reumática; a fin de cuentas, en tiempos fuiste actor de teatro ¿no es cierto, Weddon?

Erksdale estaba abrumado.

—¿Por qué lo hiciste, Weddon? —preguntó el investigador.

El fiscal guardó silencio. Fallon suspiró.

—Bien, en ese caso lo diré yo—manifestó—. Weddon, tus relaciones con Caper son conocidas ya ahora, aunque no lo eran entonces. Sealake podía ser una presa apetitosa para una cuadrilla de individuos listos y desprovistos de escrúpulos.

»Caper llegó aquí con esas intenciones y, a fin de cubrir las apariencias, se empleó en el Longwood Riviera como gerente. Tenía experiencia y lo hacía bien y era un lugar muy adecuado para ocultar sus verdaderos propósitos. Pero Caper no lo conseguiría mientras no contase con la complicidad de alguien situado en un puesto relevante. ¿Quién mejor que el fiscal, cuyas ambiciones de progresar eran notorias? Para progresar en política se necesita dinero y tú no lo poseías en la cantidad suficiente., Caper y sus hombres podían dártelo con el tiempo... pero Norma se enteró y ahí empezaron a torcerse las cosas para ti.

»Norma lo supo y empezó a hacerte chantajes. No tenías aún bastante dinero y ello podía poner tu carrera política en peligro. Para este problema sólo había una solución, pero tu caso se vio mezclado con los celos de Norma, hacía, Elyanne Meeker... y la solución resultó aún peor que el remedio.

El fiscal inspiró profundamente.

—Todo eso que has dicho es cierto, Ross —admitió con notoria tranquilidad—. Quise dar una solución a mi problema y lo estropeé definitivamente. No cabe duda; Norma demostró ser mil veces más inteligente que yo.

Erksdale volvió a suspirar.

—Pero cuando hay un enfrentamiento entre dos personas, siempre ríe mejor el que ríe el último... y entre Norma y yo, voy a reír el último —agregó.

—Dicho lo cual, sacó un revólver y la emprendió a tiros con Norma.

Ross gritó algo Los policías se abalanzaron sobre Erksdale, pero llegaron tarde.

Norma lanzó un aullido feroz al sentir el impacto de la primera bala. El segundo disparo la hizo callar, pero Erksdale continuó tirando hasta agotar el tambor del revólver.

Al disparar el último tiro, Erksdale dejó caer el arma. Los policías le sujetaron fuertemente por los brazos.

Laura estaba aterrada. Loss maldecía entre dientes.

Erksdale miró a Norma, que aparecía hecha un ovillo al pie del diván. Luego volvió los ojos el investigador y, sonriendo, dijo:

—Ross, cuando alguien te pregunte quién mató a Norma Bibbs, puedes responder que fui yo.

* * *

Paseaban en barca por el lago. Fallon movía la embarcación con ligeros golpes de remo. Soplaban una ligera brisa y el sol lucía esplendoroso en lo alto.

En el otro extremo de la lancha, Laura, en traje de baño, tomaba el sol. La muchacha empezaba a recuperarse después de los amargos trances pasados.

—Ross —dijo Laura de pronto.

—¿Sí, preciosa?

—La señora Garrett, ¿por qué ayudó a Norma de tal manera?

—Si te dijera la verdad, te caerías al agua —sonrió el detective.

—Luego me bañaré, así que ya puedes hablar —contestó Laura, dirigiéndole una atractiva sonrisa.

—Era su madre.

Laura se incorporó sobre un codo.

—Me dejas sin aliento, Ross —exclamó.

—Como lo oyes. Norma era terriblemente ambiciosa y dominadora. Su madre se quedó viuda y sin recursos y ella la aceptó en su casa a condición de que usara su nombre de soltera y se hiciera pasar por ama

de llaves. Todo lo que hizo fue bajo la amenaza de ser echada a la calle en cualquier momento. La señora Garrett tenía un miedo terrible a la pobreza...

—Y su hija carecía de entrañas.

—Así es, Laura. Norma fue siempre una mujer ruin y rencorosa, sin una sola buena cualidad. No es agradable hablar así de una persona, pero no se puede ocultar la verdad.

—Pero hay algo que no entiendo, Ross —dijo Laura.

—¿De qué se trata?

—De la misma Norma. Aparte de desear la muerte de Elyanne Meeker, no sólo por celos, sino por la fortuna de Warren, ¿por qué dejó que todo el mundo creyera en su muerte? Habiendo muerto Elyanne, ¿no podía haber «resucitado» mucho antes?

—Indudablemente, pero ya sabes que era una mujer vengativa.

—Quiso vengarse de nosotros.

—Sí; y además, hay otra cosa. Estaba perdiendo lectores, lo que para ella significaba una catástrofe. Ahora imagínate que todo el mundo la da por muerta y que aparece de pronto, pura e inocente. Erksdale habría cargado con las muertes, cosa que es bien cierta, pero a ella no le habría pasado nada; había tenido buen cuidado de cubrirse. Hubiese dicho que había estado ausente, retirada una temporada para relajar sus nervios... y nadie hubiera podido contradecir sus declaraciones. Pero el suceso le habría conferido una notoriedad enorme y sus lectores se hubiesen multiplicado por mil.

—Sí, ahora lo entiendo, Ross —contestó Laura—. Sospecho que ella lo ideó viendo el relativo parecido con Elyanne Meeker.

—Efectivamente. Norma fue, en realidad, la asesina de Elyanne, aunque no tocase uno de sus cabellos.

Hubo una ligera pausa de silencio. Luego, Fallon dijo:

—¿Sabes, Laura? El capitán Loss me ha dicho que debiera probar fortuna en las próximas elecciones para fiscal. Él cree que yo ganaría y dice que se necesita un tipo como yo para mantener la ciudad limpia de sujetos de la calaña de Caper.

—¿Lo harás, Ross? —preguntó Laura.

—¿Te gustaría a ti?

Laura sonrió.

—No me disgustaría, a decir verdad—.contestó.

Fallon la miró y sonrió también.

—Serás la esposa del fiscal —afirmó.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**

escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España